

Manly Palmer Hall

**LO QUE LA SABIDURÍA ANTIGUA
ESPERA DE SUS DISCÍPULOS**

The Life Of The Spirit



BIBLIOTECA UPASIKA

www.upasika.com



Manly Palmer Hall

ÍNDICE

Primera Parte

Advertencia a los Esoteristas, *página 3.*

Segunda Parte

El Advenimiento de las Escuelas de Misterios, *página 10.*

Tercera Parte

Las Escuelas de Misterios, *página 20.*

PRIMERA PARTE

ADVERTENCIA A LOS ESOTERISTAS

Por más que hoy día sea grande el número de movimientos religiosos tanto heterodoxos como ortodoxos, son muy pocas las organizaciones de esa naturaleza que inspiren a sus feligreses a servir a sus semejantes, dándoles orientaciones a la vez prácticas y espirituales. Uno a uno, los diversos cultos están siendo absorbidos por el materialismo y el espíritu comercial del mundo en el cual por necesidad fueron establecidos. No debe extrañarnos esto, puesto que muy difícilmente podríamos separar nuestra religión de nuestra vida cotidiana. Podremos darle múltiples nombres, pero ello no obstará para que la religión siga reflejando las creencias y el carácter moral de quienes configuran su organización.

Las formas modernas de vida no son saludables, las organizaciones erigidas por gente insana no pueden ser normales. El comercialismo ha atacado todas las esferas de la sociedad, se ha infiltrado en todos los aspectos de la vida. El género humano de nuestra actualidad se ha enloquecido con la sed del dinero. Está enfermo de “ventajas personales”. No hará nada por servir al prójimo; en cambio hará todo lo posible para que su mediocridad se transforme de la noche a la mañana en un poder comercial. El esfuerzo identificado con la falta de ética de la competencia es la responsable absoluta de estas condiciones de vida. La concusión ha eclosionado en todas las manifestaciones de la vida. No hay institución que no esté tocada, en cierta forma más o menos atenuada, de deshonestidad moral, y dado que no hay forma de vida que no esté comercializada y pervertida, tampoco podremos esperar que la religión haya escapado a esto.

La historia no registra prostitución mayor que la que hoy día se enmascara bajo el nombre de “psicología” y “nuevo pensamiento”. El arte de atontar al público ha evolucionado desde la bufonada innoble de la Edad Media hasta el pulcro fariseísmo del siglo veinte. Del mismo modo en que las gaviotas siguen al barco, esta verdadera maldición de los tiempos contemporáneos ha seguido la cresta de la ola de autosuficiencia y perversión moral que produjo nuestra era comercial.

Bien entendidas, esto es, aplicadas al servicio de la humanidad, la psicología, la metafísica y el “nuevo pensamiento” resultan muy recomendables; más aún, sus verdades constituyen necesidades candentes para la humanidad ignorante de nuestros días. Pero, ¿qué es lo que ha ocurrido? Esos nombres han sido utilizados para concitar toda clase de infamias, en lo mental, lo moral, lo espiritual y lo físico, a tal grado que hoy día sólo conocemos la prostitución y la comercialización de las verdades por las cuales estas ciencias fueron creadas. Sus resultados se basan en la premisa de que la gente con quien trabajan, es demasiado ignorante para cobrar conciencia de la injuria que se está cometiendo con ella.

No debe creerse que estamos atacando los principios que fundamentan esos cultos y filosofías, como así tampoco la verdad que tales cultos y filosofías representan. Ni atacamos a la gente sincera que trata de ayudar a otros a formar y desarrollar el carácter. Sólo atacamos a la perversión de la verdad y a las personas que, ocultando sus crímenes bajo el manto de la sabiduría, desvían deliberada y conscientemente al público buscando solamente el engrandecimiento y enriquecimiento propio.

En el capítulo 14, versículo 30 del Evangelio de San Juan, dice Jesús: “Ya no hablaré mucho con vosotros: porque viene el príncipe de este mundo; mas no tiene nada de mí.” La Antigua Sabiduría no es de este mundo, pertenece a una esfera totalmente distinta. No le interesa a ella mejorar la condición material del individuo desde el punto de vista de ubicar a éste en posiciones ejecutivas o de rodearlo de opulencia. La Antigua Sabiduría trata de formar el carácter del ser humano, sabiendo que si se lo lleva a hallarse y a dominarse a si mismo, se habrá logrado mucho más que si se lo convierte en líder o rector de multitudes.

La Verdad expresa la síntesis de la Sabiduría Divina. La Verdad es la eterna realidad de las cosas. La psicología y la metafísica, tal como se enseñan en nuestros días, no son verdaderas, y las cosas enseñadas bajo la denominación de “verdad” no son nada mejores que aquellos que las enseñan. Un hecho intelectual no es necesariamente una verdad, y su mala aplicación constituye siempre una falsedad.

Cuando el individuo trata de ganar eficiencia burocrática a expensas de otros; cuando asiste a una escuela nocturna con el fin de aprender a ser un ratero moral, cobra el privilegio de actuar “a su manera”, en la medida en que esté dispuesto a aceptar las consecuencias del karma. Recordemos que cuando Lucifer decidió rebelarse contra Dios, la deidad le permitió hacerlo. Es desmoralizador para una comunidad el que la gente crea que Dios da o autoriza a que se dé clases de astucia comercial, de “ventajerismo”, de impedir juicios hipotecarios, o que Él recomienda meditar en silencio con el fin de eliminar cónyuges indeseables. La psicología moderna ha hecho aparecer deshonesto a Dios, tan deshonesto como las personas que promulgan estas doctrinas. Todo esto obra con efecto destructivo sobre la vida y la salud del género humano. Veamos algunos puntos en que la Sabiduría Antigua era firme y la religión moderna es endeble. Los tomaremos del mundo que nos rodea, del mundo cotidiano, sin necesidad de entrar en abstracciones.

1.- En todo lo que se refiera a la adquisición de conocimientos, la Sabiduría Antigua dice: “Primeramente, purifica tu propia vida.” Esto quiere decir exactamente lo que *dice*. Hasta que el egoísmo no haya sido desterrado del alma del estudiante, éste no podrá tener ninguna aspiración de conocimiento que le sirva para propósito alguno más alto que el del estímulo mental. Los cultos psicológicos del mundo moderno pasan esto enteramente por alto y omiten subrayar las virtudes esenciales de la naturaleza humana; en cambio, ponen énfasis en los deseos, en los apetitos de cosas que no pueden ser alcanzadas por medios normales. En un tiempo los hombres morían por la Verdad; ahora la Verdad muere en manos de los hombres.

2.- Los apóstoles que murieron por su fe, los cristianos que cantaban en la arena mientras se soltaba sobre ellos a los leones hambrientos, o se los colgaba de estacas para que, convertidos en antorchas vivientes, iluminasen los jardines del palacio de Nerón, era gente que dio demostraciones vivas de sinceridad, humildad, honestidad y devoción a los

primeros seguidores de Cristo. El propio Maestro fue guiado a la montaña por los demonios, y tentado por la visión de las fastuosas ciudades tendidas en los valles. Los antiguos iniciados fueron tentados por las cosas de este mundo. Buddha, junto a la cuna de su pequeño hijo renunció a las riquezas de la vida mundana y se decidió por la vida peregrina del asceta. La gran necesidad de misericordia inundó su alma, y lo sacrificó todo a su amor grande y desinteresado. Las voces mundanas tientan de continuo a los estudiantes; sólo los que son fuertes alcanzarán la sabiduría que buscan. El verdadero ocultista no aspira más que a la sabiduría. Cuando Salomón levantó sus manos a su Dios, Jehová habló desde los cielos para preguntarle qué quería, y Salomón respondió pidiéndole el don de la sabiduría. Jehová le preguntó si no deseaba alguna otra cosa; Salomón respondió: “No; solo quiero sabiduría”. Y Dios dijo a Salomón que por haber pedido únicamente la sabiduría, le daría además todas las otras cosas, y que a partir de ese día y hasta el fin del mundo, no habría rey más rico, más grande ni más lleno de bendiciones que él. Estos son puntos dignos de ser considerados a la luz de la psicología moderna.

No bien escuchamos las palabras de los exponentes modernos de las cosas divinas, echamos de ver que logran convertir a la gente al ofrecer al ignorante precisamente las mismas cosas que los maestros antiguos rechazaron como tentaciones del demonio. Los líderes de los nuevos cultos prometen repetidamente a sus discípulos las “ciudades de los valles”. Y los crédulos seguidores de tales “maestros modernos” se atropellan unos a otros para caer a sus pies y aprender cómo, a través de la “personalidad magnética” o la “gimnasia mental” se puede adquirir las posesiones terrenales que los “maestros modernos” les han prometido. El crimen no está en desear las cosas de este mundo, pues hasta cierto punto, esas cosas son necesarias y buenas. El hombre no estaría ubicado en su esfera si no esperase lograr algún provecho de su estudio y su experiencia. El crimen, el mal, está en simular que estas doctrinas pervertidas obedecen a una inspiración espiritual y el asumir que el deseo principal de Dios es hacer que la gente alcance la independencia económica.

3.- Compare el lector a los iniciados de otros tiempos, luchando para convertir a gente que no podía entenderlos, combatiendo la idolatría y la superstición, tratando de modelar un concepto más verdadero, más noble de la vida, peregrinando días y días por las ardientes arenas, como Moisés en el desierto, compare el lector a esas verdaderas mentes rectoras con las vanidosas mentes “rectoras” de nuestros días, y pregúntese luego a quién de ellos podría seguir. El género humano jamás ha deseado lo que le hace el mayor bien, pero, al igual que una criatura, tiende los brazos y llora pidiendo la luna. Hoy el género humano ignora qué es lo bueno para él; los individuos, en lugar de tratar de desarrollar simétricamente, armoniosamente, su constitución, han enloquecido tras un sistema de abracadabra filosófico que promete “algo” por nada, y permuta la sabiduría divina a precios módicos.

4.- Sin esfuerzo, no hay inspiración; nadie puede cumplir por nosotros las tareas que a nosotros están encomendadas. La Sabiduría Antigua exigía muchos años de purificación y de preparación antes de que sus adeptos pudiesen considerarse aptos para impartir aún la instrucción más elemental. En cambio hay muchos ocultistas modernos que enseñan volublemente la matemática pitagórica y la numerología, y si uno asistiera sus “clases” todos los días por espacio de una semana, quedaría pasmado, por cierto en grado extremo, de lo poco que estos saben. Los ocultistas modernos se extrañan que la mayoría de las

claves de los misterios pitagóricos se hayan perdido para el mundo. La respuesta es simple. Jamás Pitágoras instruyó a ningún discípulo suyo en ninguno de sus conceptos filosóficos, antes de que tales discípulos hubiesen pasado por cinco años de la más estricta disciplina: entre otras cosas, una de las prescripciones de tal disciplina era la de que, durante los cinco años, no debían pronunciar una sola palabra, de manera de que luego supiesen sujetar la lengua. Realmente, tendríamos mucho menos trabajo si nuestros psicólogos actuales dejasen de hablar durante cinco años dado que la mayoría de ellos no predica con más fundamento que el de la elocuencia que le da un estudio de dos semanas adquirido de alguien no mejor informado que ellos mismos.

5.- Hay otra clase de gente que discute el problema del infinito con la soltura más increíble, cuando todavía no ha llegado a ponerse de acuerdo con lo finito. Una de las reglas más interesantes de la Sabiduría Antigua es la de que ninguno de los iniciados debe discutir el Absoluto. Explican la hipótesis de la Causa Primera, pero establecen al fin que ningún ser humano, incluidos ellos mismos, conoce lo suficiente como para emitir una opinión o una definición inteligente al respecto; y ningún hombre sabio pretende discutir sobre lo que no conoce.

Cuando preguntaron a Buddha acerca de lo Absoluto, rehusó discutir el tema. El mismo silencio observó con respecto a los dioses, pues sentía que estaban por encima del plano de la inteligencia humana. Se le consideró, por consecuencia, ateo o, al menos, panteísta, cuando en realidad fue su respeto y reverencia a la deidad lo que lo llevó, en su sublime sabiduría, a dejar de pronunciar palabras cuya insuficiencia no haría más que profanar las cosas sagradas. Cuando los discípulos de Sócrates interrogaron a su maestro acerca de lo absoluto, éste rehusó discutir el tema, diciendo que ello sobrepasaba su saber, amen de que no tenía finalidad práctica en la vida cotidiana. Pero siempre habrá tontos que se zambullen donde los ángeles no se atreven a entrar. Mientras las inteligencias más grandes que produjo la humanidad no se atrevían a profanar con palabras lo que consideraban demasiado sagrado para ser abarcado por palabras, más de una persona sin información, ni idoneidad, ni nada mejor, trata de impresionar a los ignorantes con la discusión voluble de cosas que no conoce.

6.- Sólo hay una serie de verdaderos ejercicios en el mundo: los llamados ejercicios esotéricos. Todas las naciones los han adoptado, agregando alguna modificación necesaria a las particularidades de raza, color y cualidades orgánicas. Los cristianos tomaron los suyos de los judíos, los judíos de los egipcios, los egipcios de los brahmanes, y, así sucesivamente *ad infinitum*. Al dar Buddha una fe a la India, no hizo más que dar una doctrina para la consideración del pueblo, pues, siendo él mismo un Brahman, siguió el culto brahmánico de los ejercicios esotéricos. Los así llamados ejercicios esotéricos son aquellas fórmulas dadas directamente por labios de los iniciados a sus discípulos, bajo la promesa del secreto más absoluto, con el fin de que tales discípulos practiquen esos ejercicios para la espiritualización, eterización y purificación de sus cuerpos.

Uno de los peores crímenes de entre los que se cometen hoy en día es el de la enseñanza, por parte de “ocultistas” actuales, de prácticas dementes, homicidas y suicidas, encubiertas bajo la divisa de “instrucciones esotéricas”. Si estas prácticas o “instrucciones”, son llevadas a cabo persistentemente, ocasionarán con frecuencia la muerte del incauto estudiante. Una característica de la mente común de Occidente es el de su incapacidad para

concentrarse con intensidad durante el tiempo suficiente sobre ninguna cosa; esto resulta favorable cuando evita el caer víctima de los oculistas falsos de nuestros días. Las instrucciones esotéricas que han ido a parar a manos de gente inhábil, ha sido a consecuencia de la traición a los votos que cometieron algunos iniciados de grados inferiores los cuales no fueron merecedores de haber adquirido tales instrucciones. Para recibirlas de esas fuentes, el recipiente también tiene que convertirse en cómplice del crimen. No sólo eso, sino que, además, el estudioso que accede a escuchar las instrucciones falsamente obtenidas, anula toda posibilidad de adquirir cualquier bien que en otra forma podría obtener, para si mismo.

Nadie que haya recibido las instrucciones sin la necesaria, preparación y aprendizaje que prescribe la Gran Escuela, podrá alcanzar la penetración espiritual anhelada. Mucho aflige a los Maestros ver a gente que, pudiendo obtener mejor realización, chapucea con así llamados ejercicios esotéricos, reuniéndose en círculos, meditando teatralmente, revolviendo los ojos y esperando sentados en recintos oscurecidos a la espera de alguna visión etérea. Pero no es el solo hecho de que haya gente que hace esto lo que aflige a los Maestros. Lo peor es la comprobación de que existen discípulos cuyo poder de discriminación ha permanecido en un nivel tan bajo que les permita ser cómplices de tales absurdos. No queremos decir con esto que no verán cosas, oirán voces y obtendrán ciertos poderes mediúmnicos. Queremos decir que serán menos útiles después de haber obtenido tales poderes que antes de haberlos adquirido, pues tendrán que desaprender lo aprendido sin sabiduría.

7.- Los Maestros están siempre dispuestos a confiar en los discípulos y estudiosos que se muestren deseosos de recibir esa sabiduría que tan perentoriamente necesita el mundo. Si el estudioso desea convertirse en Maestro, se le propondrá una misión; que cumplir; naturalmente, si se prepara honesta, sincera e inteligentemente. La razón por la cual se imparten tantas falsas doctrinas radica en que la gente que tiene idea de ellas no se pregunta a sí misma si “esta teoría que tengo es verdadera”. ¿Estoy viviendo la clase de vida que me permita recibir en mi alma la Verdad?. ¿Soy desinteresado, franco, obediente, humilde y consagrado a mi tarea?. ¿He llegado a desarrollar mi mente de manera tal que ya pueda pensar?. ¿He abierto mi corazón de manera que ya pueda sentir?. Si no lo he hecho, la cosa que he recibido ha sido deformada por el cristal a través del cual reluce, de modo que lo único que podré dar al mundo es una imagen deforme, una representación deshonesta de la verdad. ¿Consagro mi vida actual, con todo lo que soy, desinteresadamente y sin reservas, a mi tarea, o no soy más que un chapucero intelectual?. ¿Soy un triunfador o un fracasado en la vida?. ¿Estoy rodeado de amigos o de enemigos hechos por mí mismo?. ¿Me respeta mi comunidad?. ¿Dejo que los demás vivan su propia vida o trato de imponer mis creencias a cuanta persona entre en contacto conmigo?. ¿He recibido o no he recibido, conscientemente y por encima de toda posibilidad de exageración mental, la instrucción personal de las verdaderas escuelas ocultistas?. Yo y sólo yo sé esto. El resto del mundo, excepto unos pocos iluminados, tiene que creer en lo que digo. Si no he recibido tal instrucción, ¿soy lo suficientemente grande como para admitirlo y decir, con respecto a mis doctrinas, que no son más que opiniones personales mías; o proclamo tales opiniones como verdades universales, basado simplemente en el hecho de que yo creo en ellas?.

El estudiante ha de plantearse todas estas preguntas, pues sólo él podrá responderlas; si no es honesto en punto a estas verdades fundamentales, puede llegar a perjudicar a mucha gente. Si cada maestro y discípulo se interrogase a sí mismo de ese modo, se evitaría muchas aflicciones, pues maestro y discípulo reconocerían que del mismo modo en que un árbol enfermo no puede dar buenos frutos, un cuerpo lleno de pecado o una mente pervertida, no pueden transmitir sabiduría. Lo igual engendra lo igual; el individuo excéntrico tiene ideas excéntricas, mientras que la mente sana ve las cosas sanamente.

8.- Los psicólogos de hoy día nos enseñan que una persona puede influir sobre otra y llevarla a hacer cosas contrarias a su naturaleza. Es por eso que todo estudioso de las Escuelas de Misterios ha de tener cuidado, si es que estudia con algún psicólogo de que este psicólogo no lo esté “psicologizando”. Si alguien le enseña a uno cómo aventajar al prójimo, cómo utilizarlo para los propios fines, habrá que tener cuidado en que ese alguien no descubra la credulidad de uno y la capitalice por medio de la demostración de lo “aplicable” que resulta su filosofía. Estas cosas obran de dos modos; si uno espera “psicologizar” a otros, tendrá que estar dispuesto a ser “psicologizado” por esos otros. Pues la regla que no obre de dos maneras es una regla bien pobre. Lo que la gente quiere es que se invierta esta regla para su beneficio. La psicología “psicologizó” al público hasta que, en la misma forma que los niños siguieron al flautista de Hamelín, las mentes infantiles siguen las enseñanzas falsas hasta perderse en lo desconocido.

9.- Entre los así llamados estudiantes de la verdad vemos los frutos del engaño que padece el mundo, enfermizos, nerviosos, incapaces de resolver sus propios problemas, lo pasan tratando de curarse los unos a los otros y esperando, como Micawbers espirituales, que ocurra algo. Hubo un tiempo en que esta gente fue útil, en que tales “estudiosos” fueron miembros inteligentes de su comunidad; pero actualmente se han enredado tanto en absurdos mentales que ya no prestan ninguna utilidad ni a sí mismos ni a la sociedad en general. Los más de entre ellos son como espantajos que asustan a sus semejantes apartándolos de la senda de la sabiduría.

10.- La Sabiduría Antigua es sana y sensata. Trata de resolver los problemas que nos acosan hoy día. Es espiritual y racional en el sentido más elevado de la palabra. Trata de capacitar en mayor grado a hombres y mujeres, para encarar los problemas de las generaciones futuras. Se basa en las leyes de causa y efecto. No tiene fórmulas “patentadas”, ni “fórmulas sintéticas”, sino que moldea firme y sólidamente los caracteres de quienes se unen y colaboran con ella. La Sabiduría Antigua no es impartida por maestros juglarescos, sino por grandes mentalidades que se han dedicado desde el comienzo del mundo a la promulgación de las verdades sagradas. La Antigua Sabiduría habla con la experiencia de la eternidad, puesto que ha guiado y dado el ser a miles de naciones y sepultando a otras tantas cuando se desviaron del camino recto. Las naciones de la antigüedad que todavía existen son aquellas que han conservado sus leyes, mientras que las naciones que han caído, que han desaparecido, son aquellas que ignoraron los mandamientos de la Sabiduría Antigua.

No hay honor más insigne que el de ser llamado al servicio de esta eterna Sabiduría, que existió antes de todo principio y que, al final, llegará a ser el cuerpo exotérico visible que rija el planeta. Al trasponer las puertas del templo de esta Sabiduría, el ser humano

pasa de lo temporal a lo eterno, de la ignorancia a la sabiduría. Es fuerte y grande esta Sabiduría Antigua. Es la tierra humedecida por las aguas de la vida, donde arraigan las semillas de toda doctrina, fe y religión. Toda doctrina, toda fe y toda religión se nutren, crecen y dependen de ella, florecen y se glorifican; y el oscuro suelo, el misterioso humus de donde surgen es la Sabiduría Antigua. De ella vienen; a ella retornarán. Son temporales; ella es eterna.

SEGUNDA PARTE

EL ADVENIMIENTO DE LAS ESCUELAS DE MISTERIOS

Desde los tiempos más remotos, la creencia en un Ser superior y supremo, que se manifiesta en la totalidad de lo que el ser humano sólo manifiesta en parte, ha sido una verdad y creencia básica compartida por todos los humanos. El hombre primitivo, abriéndose paso por el lodo y el fango de los pantanos paleozoicos, se golpeaba el velludo pecho con sus largos y deformes brazos y elevaba su grito hacia un Dios desconocido. Y hasta los velludos antropoides de nuestros días, según nos cuentan los exploradores, tienen ciertos rudimentos de prácticas religiosas. Sin alma pero sapientes, elevan al cielo sus caras semihumanas y juntan sus manos como para rezar. Nadie sabe desde cuándo existe el espíritu de veneración - el intenso deseo de expresar la gratitud por el simple privilegio de existir -, pero no cabe duda de que es tan antiguo como la historia misma. Los primeros escritos que se conocen se refieren a los dioses. Probablemente, los primeros edificios fueron templos, pues día a día vamos cobrando conciencia cada vez mayor de que toda estructura existente en la naturaleza es un santuario construido sin acompañamiento de voces humanas o golpes de martillo. Pero no sólo es un santuario, sino también un altar. Y no sólo es un altar, sino también la ofrenda que se hace en el altar. No hay voz, no hay pueblo que no rinda culto a algún Dios, a alguna presencia sentida en silencio, a algún poder visto en el cielo.

La totalidad de los seres humanos se dividen en cuatro clases generales, pero cada ser humano vive únicamente en una parte de sí mismo, o, más bien, reduce las restantes partes para hacer resaltar por encima de ellas su parte predominante. La más baja de tales divisiones es la de la naturaleza física; los que en ella residen son de “tierra”, son “terrestres”; no viven más que para la satisfacción de su naturaleza física. Su idea del cielo es la de un lugar donde hay mucha comida, mucho fasto y poco a ningún trabajo que realizar. Son los Sudras Brahmánicos, quienes nacidos en cadenas, están condenados a vivir y morir atados a los grillos de la baja calidad orgánica. La misma estructura de sus carnes y huesos les impide tanto la fineza o perfección del cuerpo como la del alma. Las mentes de tales seres sólo funcionan en parte. Sus cuerpos antes parecen prisiones que lugares de residencia. Se diferencian de los otros temperamentos como el caballo de tiro se diferencia del caballo árabe de pura raza. Lo mismo que caballos de tiro, tales seres viven para llevar a cabo las tareas más bajas, sumidos en el tráfico de sus mediocres destinos. Son los trabajadores que, en verdad, se ganan el pan con el sudor de su frente. Si se les da opulencia, no son capaces de mantenerse en ella. Si se los rodea de lujo, son incapaces de apreciarlo. Son los seres oscuros, terrestres, que deben inclinarse por siempre ante la inteligencia. No aman a Dios porque no lo comprenden. Son como los velludos antropoides, que elevan los brazos hacia elementos desconocidos.

La segunda división es la de los artesanos, de los que trabajan con la mente y con las manos. Son los hombres pardos del mito hindú. Compran, venden y permutan. A su torpeza básica se agrega un poco de astucia e inteligencia. Con esta astucia e inteligencia, dominan a quienes no las poseen. Son los mezuquinos tenderos, y también los que procuran trocar gradualmente el trabajo manual por el trabajo mental. No disponiendo del organismo mental apto para razonar, dependen, en su religión, de aquellos quienes piensan por ellos. Son éstos quienes dejan que la clerecía resuelva sus problemas espirituales, sintiéndose incapaces de cargar con el honor de los pensamientos profundos. Como resultado de esto, su idea de la eternidad es más bien abstracta y su credulidad es empleada en beneficio comercial de cierto tipo de mentalidades que considera legítimo el capitalizar la ignorancia ajena.

La tercera clase es la de los científicos. Con el microscopio, el telescopio y otros aparatos más complicados, los representantes de este tipo llegan a los límites de lo conocido y hacen la guerra al caos ilimitado. Los que hacen esta guerra por la causa de la ciencia son, las más de las veces, pensadores concretos que van hasta donde los llevan sus instrumentos, y en el límite, se detienen a la espera de que instrumentos más poderosos les permitan continuar el camino. En lo religioso, la mayoría de estas mentalidades son ateas, salvo el caso de que tengan dos normas de vida, una para los seis días de trabajo en el laboratorio, y otra para el séptimo día, en que van a la iglesia. Los milagros de la teología no pueden ser sometidos al análisis químico. En consecuencia, el mundo científico los toma *cum grano salis*, de donde deriva la controversia actual entre ciencia y teología, que cada generación transmite a la desvalida posteridad, la que siempre llega al mundo en el momento oportuno para entrar en debate.

El cuarto grupo, el más elevado de todos, abarca a filósofos, músicos y artistas que viven en un mundo mental de carácter abstracto, rodeados de sueños y visiones desconocidas e irrecognoscibles para los otros tres tipos. Se han elevado por encima del mundo de la educación académica y han alcanzado el mundo del idealismo creador, que, al presente, constituye la función más alta de la mente humana. Este mundo es el lugar de residencia del genio, de la invención, de las cosas que las mentalidades inferiores pueden aceptar pero no analizar. En lo religioso, estos espíritus son deístas. Los más de entre ellos son monoteístas. Varios de ellos son místicos u ocultista, y aun cuando todavía no hubieren llegado al plano del reconocimiento de sus doctrinas, no por eso dejan de pertenecer al tipo superior de inteligencias, capaz de atravesar el velo que separa la sombra de la sustancia.

En toda naturaleza humana hay cierta expresión de instinto primitivo. Junto al apetito de comida, que expresa el hambre de la naturaleza material y el apetito de libertad, que expresa el hambre de la naturaleza intelectual, nos encontramos con la apreciación de lo desconocido; esa aspiración da testimonio de la existencia de un germen latente de la naturaleza espiritual que, de alguna manera y en algún lugar de la constitución de todo ser viviente, dormita en forma aparentemente inanimada.

En cuanto el ser humano fue capaz de razonar, volvió su mente sobre sí mismo. Trató de hallar una solución al misterio de su propia existencia, misterio que día a día le revelaba con mayor plenitud su propia inteligencia en pleno desarrollo. ¿Qué soy yo?. ¿Por qué estoy aquí?. ¿Qué hay más allá de la línea del horizonte de lo por venir?. Estos fueron los grandes problemas con que se enfrentó el hombre primitivo; y estos son también los

grandes problemas con que se enfrentan el hombre y la mujer de nuestros días. Las religiones fueron evolucionando gradualmente, a medida que el hombre trataba de explicarse a sí mismo. En un tiempo, las religiones fueron pocas y sencillas, hoy son numerosas y complejas. Esto nos revela en sí mismo la facultad de constante desarrollo de la mente humana. El hombre primitivo no podía contar más allá de los dedos de su mano; más tarde, la mente humana comprendió la matemática, y con esta ciencia puede ahora realizar cálculos infinitos con cierto grado de inteligencia. La prueba más palpable de la evolución de la mente humana se halla en el desarrollo de los trabajos del hombre. El tronco ahuecado que usaba el primitivo para navegar ha llegado a ser el imponente vapor de nuestros días. Este gran desarrollo, que fue produciéndose a través de las edades, no es resultado de ninguna transformación milagrosa de sustancias naturales, sino del crecimiento gradual de la mente humana, la cual va complicando cada vez más sus actividades, formas y relaciones, como consecuencia de sus funciones eternamente en aumento.

La religión es el resultado de muchas edades de hambre espiritual, cuando el alma del hombre primitivo, hallándose a sí misma insuficiente, se postró con pavor ante la inmensidad de la naturaleza, en cuya grandiosidad infinita aquélla vio un poder mucho más grande que el suyo propio. El salvaje se volvió a los vientos y halló en ellos algo superior a él mismo. Tembló de pavor ante la voz del trueno; quedó postrado de terror cuando las grandes tormentas rugían a través del mundo primitivo y los cráteres de los volcanes vomitaron piedras ígneas y cenizas candentes. Ofreció sacrificios a los dioses del éter para que lo perdonaran.; lloró y clamó en la cumbre de las montañas y ofreció incienso a los astros, como no hallaba a Dios en ninguna parte, le ofrendó sacrificios en todas partes. Vio que las cosechas se quemaban por falta de agua, que sus hijos se enfermaban delante de él. Sus esperanzas eran destruidas por una cosa desconocida, innombrada, que él no entendía, y la que era el factor determinante de todo pensamiento y de toda acción de su vida. No cabe duda de que fue en esa forma que se originó la primera religión, tal y como la concibe el ser humano primitivo. Recordemos las palabras de Pope: “Io, el pobre indio, cuyo espíritu inculto ve a Dios en las nubes y lo oye en el viento”.

El hombre es pequeño; la naturaleza es grande. El hombre es finito; la naturaleza es infinita. El hombre parece, en su lucha contra la naturaleza, un frágil barquichuelo batido por las olas. En los interminables giros y ciclos de pulimento de la naturaleza el hombre antiguo reconoció la presencia del poder. Se dio cuenta que había algo que era más grande que él mismo, que existía un poder supremo. Anheló procurárselo para sí y durante millones de años luchó, como Hiawatha y el rey Maize, para extraer de ese poder desconocido el secreto de su grandeza. Como Isis, conjuró a Ra a que revelara su nombre, y trató una y otra vez de descorrer el velo de la Virgen del Mundo. Descubrió que algunas de sus acciones lo destruían, mientras que otras le traían paz y bienestar. Trató de discernir entre ellas y en el por qué de tal distinción, consciente de que su propia existencia dependía de la sabiduría con que escogiese.

Dándose al fin cuenta de que no podría dominar a la naturaleza por la fuerza, trató de dominarla por la obediencia. Nuestros códigos religiosos son resultado de los experimentos primitivos con que la mente humana, luchando por subsistir, fue conociendo gradualmente la voluntad de la naturaleza y amoldándose a esa voluntad.

Tenemos hoy día el privilegio de poder echar una ojeada retrospectiva a la historia del género humano y de valernos de la experiencia acumulada en las edades históricas. Los santos, los sabios y los redentores vivieron y murieron luchando con el problema del destino humano. Los frutos de sus trabajos se conservan para nosotros en las escrituras y filosofías de todas las naciones. ¿Qué son los así llamados Libros Sagrados?. ¿No son únicamente el resultado de la contribución al conocimiento del mundo, que hicieron aquellos que, habiendo dedicado sus vidas a los problemas de la humanidad y habiendo aprendido a resolverlos, peregrinaron solos y sin temor por los mundos causales que el hombre llama “naturaleza?”.

El hombre fue creando paulatinamente el cuerpo o institución que llama “religión”. Un templo mental: sostenido por cierta cantidad de columnas, una columna por cada fe humana. El este, el oeste, el norte y el sur han contribuido a la fuerza o a la belleza de ese templo. El edificio, no obstante, es una cosa material. Es la ofrenda del hombre a lo Desconocido. Del mismo modo en que el espíritu entra en el cuerpo cuando el embrión alcanza cierto grado de evolución, el espíritu de la Verdad entra en el cuerpo religioso cuando ésta se halla preparada para tal advenimiento. El mundo tiene muchas religiones, pero la naturaleza no tiene más que una sola Verdad. Toda fe y doctrina son otras tantas contribuciones al conocimiento de esa sola Verdad. Todas las doctrinas expresan un solo ideal a través de una multitud de lenguas. Hay una Babel en la Tierra, pero hay una sola en los cielos. Toda fe busca de respuesta a la única pregunta: “¿Cuál es el fin de la existencia?”. Cada respuesta es diferente. Reunidas todas ellas en su diversidad, es la Verdad lo que queda establecido. La Verdad es la suma de todas estas cosas. La realidad es todas las cosas en todos los seres humanos.

La Sabiduría Antigua es el lado invisible, espiritual de la religión, lo que vivifica el cuerpo de la religión. Es el espíritu único que habla a través de una multitud de lenguas. Es aquella presencia que entra cuando su templo ha sido construido por el cuerpo de sus trabajadores. Vivifica el cuerpo de la fe, le confiere animación y no simplemente una serie de envolturas o esqueletos. Como los dioses de la India, tiene muchos brazos y muchas cabezas, pero un solo corazón.

En la época prístina de la diferenciación humana, el hombre no podía gobernarse a sí mismo, pero estaba regido por quienes la naturaleza había encargado que lo cuidasen y lo llevasen al grado de evolución en que fuese ya capaz de cuidar de sí mismo. Se nos dijo que cuando nuestro sistema solar comenzó a actuar, los espíritus de seres sabios provenientes de otros sistemas solares vinieron hacia nosotros y nos mostraron las rutas de la sabiduría, para que tuviéramos por derecho de nacimiento el adquirir ese conocimiento que Dios da a todos los seres de su Creación. Dícese que fueron esos espíritus de seres sabios provenientes de otros sistemas solares los que fundaron las Escuelas de Misterios de la Sabiduría Antigua, pues esta Sabiduría era el conocimiento de la voluntad de la naturaleza con respeto a sus criaturas. El arte más elevado de todos los mundos es el arte de ser natural, pues lo que es natural sobrevivirá. Durante edades enteras, la religión se fundó en hipótesis falsas. Trató de llenar el mundo de milagros y de cosas antinaturales. Trató de tiranizar y de dogmatizar. Por esta razón, está fracasando. La religión es, no cabe duda, un cuerpo, pero actualmente es un cuerpo sin alma. No ha construido su tabernáculo de acuerdo a la ley. No sirve honestamente ni inteligentemente a las necesidades del género

humano, sino que antes bien se enreda a sí misma y enreda a sus miembros o feligreses en interminables disentimientos de credos, doctrinas y códigos, habiendo olvidado enteramente el espíritu de la Verdad. Como consecuencia de esto, uno de los elementos más importantes de la vida humana está desapareciendo gradualmente de la faz de la Tierra; y a falta de una religión honesta, inteligente, bien intencionada y progresista, tenemos una edad de materialismo extremado, en que el Dios de los hombres se trueca, de figura dorada de un Dios desconocido, en moneda dorada de “uso práctico” diverso.

La Sabiduría Antigua nos dice que sólo hay una religión y que el germen de esta religión fue plantado en las almas de las cosas en el comienzo del mundo. Este germen llegó a ser un poderoso árbol, con sus raíces en el cielo y sus ramas en la tierra, como el *banyan* de la India. Del mismo modo en que todas las ramas penden del mismo tronco, todos los credos y religiones dependen de una misma fuente, de una misma luz, por todo lo que han sido, son o serán por siempre jamás. Algunas ramas son largas y fuertes; otras, cortas y débiles, pero a través de todas ellas corre la misma vida. Esa vida es luz, y esa luz es la vida del ser humano.

La Sabiduría Antigua no sabe, ni de cristianos, ni de gentiles, ni de paganos. No reconoce más que la existencia de varias ramas pendientes de un mismo árbol; cada rama es en sí misma incompleta, pero forma parte del árbol de la Fe. El árbol no pide nada a las ramas; lo único que espera es que las ramas sean fieles al árbol y den Testimonio veraz de la vida que corre por el árbol. La Antigua Sabiduría es la vida que corre por el Árbol de la Fe. Nosotros no vemos la vida. Sólo vemos las hojas y las ramas que dan testimonio de la vida, pero a su debido tiempo se cumple el milagro del árbol. La vida del árbol es glorificada en el brote y en la flor. La vida del árbol se consume en el fruto. La gloria de la vida de ese árbol está en la nueva semilla que testimonia plenamente el poder creador de todo lo que acaba de producirse y ha ocurrido antes. Este árbol es, ciertamente, el Árbol de la Vida, pues sin los sentimientos elevados y excelsos, el ser humano no *vive*, sino que simplemente existe. Si alguna de las ramas de ese árbol no da frutos, el Maestro nos dice que hay que cortarla y arrojarla al fuego. Es deber de todo ser viviente al realizar tareas verdaderamente constructivas, en reconocimiento de la vida divina que alienta en él. La mejor manera de glorificar a Dios es la de que sus criaturas glorifiquen en sí mismas Su espíritu.

En remotos pasados, los dioses se acercaban a los hombres, y mientras los Maestros de las esferas invisibles de la naturaleza trabajaban con la humanidad todavía infantil en este Planeta, los dioses escogían entre los hijos del hombre a quienes fuesen los más sabios y veraces. Y con éstos trabajaron, preparándolos para que pudieran continuar la labor de los dioses, cuando las jerarquías espirituales se hubiesen retirado a los mundos invisibles. Con estos hijos del hombre, especialmente instruidos e iluminados, dejaron los dioses la llave de su gran sabiduría, que era el conocimiento del bien y del mal. Dispusieron que esos hombres así instruidos fuesen sacerdotes y mediadores entre ellos (los dioses) y la humanidad que basta entonces no había abierto los ojos que le permitiesen atisbar el rostro de la Verdad y poder vivir.

Amparados por la divina prerrogativa, estos iluminados fundaron lo que conocemos actualmente como los “Misterios Antiguos”. Estas fueron escuelas de verdades religiosas, en que la religión se usaba en el sentido que implica sabiduría divina. Podían entrar en estas

“universidades” espirituales los hombres más valiosos y capaces. Al principio, estas escuelas fueron reconocidas públicamente. Se construyeron grandes templos para alojar a los sacerdotes y para efectuar los procesos y rituales de iniciación. Se registraron los arcanos místicos en esculturas, tábulas de arcilla y en rollos de papiro. Generación tras generación se iluminó con la sabiduría encerrada en estos documentos conservados en los repositorios sagrados.

Paulatinamente, fue produciéndose una separación en las Escuelas de Misterios. El fervor y propósito de los sacerdotes de propagar sus doctrinas, en muchos casos excedió aparentemente su inteligencia. De resultas de esto, se permitió a muchos aspirantes entrar en los templos antes de que realmente estuviesen preparados para la sabiduría que debían recibir. El resultado fue que estos espíritus poco preparados, fueron ganando gradualmente más autoridad, pero se manifestaron al fin incapaces de mantener la institución, siendo ineptos para establecer relación con los poderes espirituales que se hallan detrás de toda empresa de orden material. Y de este modo, las Escuelas de Misterios fueron desapareciendo. La Jerarquía Espiritual, servida a través de todas las generaciones por un número limitado de seguidores veraces y fieles, se desvaneció de la faz de la Tierra. Mientras las colosales organizaciones de orden material, habiendo perdido el contacto con sus fuentes divinas, comenzaron a perder el rumbo y se fueron enredando cada vez más en ritos y símbolos los cuales ya no podían interpretar.

Un ejemplo concreto e interesante de la deterioración de las Escuelas de Misterios y sus ritos se halla en el juego de niños llamado La Comedia de *Punch and Judy*. Durante siglos la gente superficial de todas las naciones de Occidente rió con las curiosas travesuras de estas pequeñas figuras. El mundo hace tiempo que ha olvidado que este juego se originó entre los primeros místicos cristianos; Punch era Poncio Pilatos y Judy era Judas Iscariote. El pequeño garrote que lleva Punch es una réplica degenerada de los antiguos cetros de los dignatarios romanos de la Tierra Santa. También es probable que la famosa escena entre Punch y el niño haya sido tomada de la antigua historia cristiana del degüello de los inocentes.

Es realmente digno de notarse cómo a través de las edades, sea por transmisión oral, sea por alegorías o símbolos, sea por ejemplos naturales, las verdades reveladas a los antiguos se perpetuaron hasta nuestros días, a pesar de que siempre fueron ocultadas a los ojos de los profanos. Se ha dicho que la sabiduría no está en ver las cosas, sino en ver a través de las cosas. Al menos para el ocultista, esto es doblemente verdadero.

Durante la era de Atlántida, que describe Platón, la tarea de recopilar y ordenar la Antigua Sabiduría se llevó a cabo aceleradamente, pues los pobladores de la Atlántida fueron los exponentes más grandes de pensamiento concreto que jamás conoció el mundo. Los habitantes de la Atlántida jamás entendieron a fondo la sabiduría que les era propia, pues aún en aquellos tempranos tiempos los dioses ya se habían retirado de la masa de la humanidad y sólo hablaban a los hombres a través de sacerdotes y oráculos. El método de comunicación de que se valieron los poderes espirituales se halla fielmente expuesto por Josephus en su descripción del Arca de la Alianza y de los sacerdotes que la servían. Esta arca era un oráculo, y los dioses hablaban al sumo sacerdote por medio del lenguaje de los símbolos. De los habitantes de la Atlántida, con sus Antiguos Misterios del Tabernáculo, hemos rescatado casi todo lo que sabemos en lo referente a la Sabiduría Antigua y sus

Misterios. De acuerdo con el Libro Sagrado, ellos eran los custodios de los registros espirituales que les habían sido dados por sus progenitores, los Reyes Serpientes, que reinaron sobre la Tierra.

Fueron estos Reyes Serpientes, quienes fundaron las Escuelas de Misterios, los cuales más tarde aparecieron como los Misterios Egipcios y Brahmánicos y bajo otras formas de ocultismo antiguo. Su símbolo era la serpiente, porque enseñaban a los hombres a usar la energía creadora que corre por la naturaleza y por sus propios cuerpos, en forma de línea “serpenteante” o de fuerza “sinuosa”. Eran los verdaderos Hijos de la Luz, y de ellos descendió una larga línea de adeptos e iniciados debidamente instruidos en la ley. Éstos mantuvieron encendida la luz de las verdades divinas a través de muchas generaciones de ignorantes y descreídos. El mundo Atlántida se vino abajo en cuanto se apartó de la ley. Olvidó que la naturaleza es la regidora de todas las cosas y, por querer vivir antinaturalmente, fue destruido. Antes de su desintegración, como quiera que sea, la Sabiduría Antigua pasó al nuevo mundo de los arios, donde, desde el corazón del encumbrado Himalaya, sus adeptos, e iniciados comenzaron el proceso de la formación de un nuevo pueblo destinado a ser el tabernáculo viviente de los dioses.

No siempre el hombre fue un ser material. Hace muchas eternidades era una criatura espiritual, de poderes radiantes y gloriosos. Gradualmente fue tomando la vestidura de lo que nosotros llamamos “cuerpo”, y su radiosidad fue empañada, por las envolturas de arcilla. Poco a poco fue perdiendo el contacto con sus Padres, los Hijos de la Luz, y comenzó a moverse en las tinieblas. En la época en que el tercer ojo se cerró en el hombre, durante el antiguo mundo de los Lemures, el género humano perdió el contacto con sus maestros invisibles. El recuerdo de los maestros se fue esfumando de a poco, hasta que sólo quedaron mitos y leyendas. La mitología es el registro auténtico de aquellos períodos de transición en que las chispas divinas fueron asumiendo gradualmente las formas del cuerpo mortal.

Pero el hombre jamás ha sido dejado peregrinando a solas en su ignorancia. Cuando se rompieron los lazos que lo unían a los mundos invisibles, ciertos métodos para captar la voluntad de los dioses, fueron establecidos. Fue entonces, y a estos efectos, que cierta cantidad, de hombres y mujeres fue instruida en la transposición del abismo que ya separaba a los hombres de los dioses. El método para establecer esta comunicación era el máximo de los secretos del ocultismo antiguo. Este secreto fue conservado para la raza humana, pues llegará el tiempo en que todos los seres humanos volverán a ser capaces de comunicarse otra vez directamente con los dioses. Durante un gran intervalo de edades, esta sabiduría fue perpetuada en las Escuelas de Misterios, y un pequeño grupo de discípulos elegidos en cada generación tuvo el privilegio sagrado de conocer a los dioses. Esta sabiduría y el poder y conocimiento que tales discípulos han alcanzado, éstos la imparten, a su vez, a otro grupo de discípulos elegidos y amados. Y así la gran obra sigue adelante.

La capacidad de las Escuelas de Misterios, de comunicarse con los mundos invisibles, es la base de su poder; pues todas las jerarquías creadoras residen en los mundos invisibles, y es a estos mundos adonde deben recurrir los discípulos para consultarlas. La explicación está en que el género humano es el único, dentro de nuestra organización, que se halla equipado con un cuerpo físico y un, cuerpo mental. Los dioses propiamente dichos,

jamás han descendido a la sustancia física. De modo que al no tener cuerpo compuesto de elementos químicos densos, no pueden manifestarse aquí. Para comunicarse con ellos, los seres humanos tienen, pues, que aprender a funcionar conscientemente en sus propios cuerpos invisibles. Cuando el ser humano alcanza a hacer esto, puede comunicarse con los seres espirituales que residen en sus sustancias similares de carácter ultrafísico. Es así que, mientras la religión trata únicamente de fantasías, teorías y creencias, los iniciados de la Antigua Sabiduría se dirigen derechamente a la fuente principal de sabiduría y, conociendo la voluntad de los dioses, hacen de esa voluntad la ley de sus vidas. El iniciado ni adivina, duda, ni habla a solas. Trabaja con hechos, pues se siente uno con las verdades de la naturaleza.

Este sendero secreto de la iluminación espiritual es el camino que estableció el **Logos** planetario, al estatuir que Sus hijos aprenderán a conocer a través de Él y a cumplir Sus fines. El **Logos** está rodeado de una jerarquía de seres sobrehumanos y también de un grupo de grandes iniciados que pueden ser llamados el fruto del período del mundo humano. Estos grandes iniciados, con sus mentes divinamente inspiradas forman los poderosos pilares de la Casa de su Dios. Son los soportes del Templo del Progreso Humano. Estos grandes espíritus fueron llamados por los antiguos místicos judíos los “cedros del Líbano”. Son estos los árboles que se dice que cortó Salomón de los bosques de la tierra para usarlos como soportes de su templo divino.

Las verdades secretas de estos iniciados fueron recopiladas del norte, del este, del sur y del oeste. Los adeptos y místicos de todas las naciones dieron a sus discípulos los frutos de sus investigaciones mientras funcionaban en los mundos invisibles. Las Escuelas de Misterios, cumpliendo la antigua ley, han sido hechas a imagen de la Naturaleza, y hoy día las conocemos bajo el nombre de las Siete grandes Escuelas de Misterios. Todas estas son ramas de un mismo árbol, el árbol que crece en el centro del Huerto del Señor, y es regado por las aguas de los cuatro ríos (la sabiduría de los cuatro mundos). Del mismo modo en que todo rayo de luz se descompone en siete colores cuando atraviesa el prisma, esta antigua verdad, al atravesar el cuerpo prismático del mundo material, se descompone en un cuerpo séptuple. Este cuerpo es la así llamada serpiente de siete cabezas, pero, aunque habla a través de siete bocas, no tiene más que un cerebro, una vida, un origen.

Los sacerdotes de los Misterios se simbolizaban como serpientes, llamadas a veces **hidras**. De aquí se deriva la palabra (inglesa) **hydrant** (= boca de riego). La boca de riego lleva el agua, y, a través del cuerpo de hidra del iniciado, pasa el agua de la vida. De ahí que el iniciado sea como un tubo o canal a través del cual pasa el agua como a través de la boca de riego (**hydrant**).

Estas siete escuelas, compuesta cada una de doce iniciados y sus discípulos, dispuestos alrededor de un decimotercero hermano “excelso”, son los perpetuadores, ordenados por Dios, de la Antigua Sabiduría, en la forma en que vino en la alborada del mundo, cuando los dioses descendieron de la nebulosa del sol y fijaron su residencia en la isla sagrada del polo norte.

No estando destinado este escrito a fines de propaganda, no nombraremos a ninguna de estas escuelas, pero sí diremos que representan a los planetas y los siete grandes senderos. También representan los siete órganos vitales del cuerpo humano y las siete redomas que vuelcan su contenido sobre el mundo. Todos los discípulos que buscan

adquirir conocimiento de las leyes; de la naturaleza, tienen que obtener tal sabiduría a través de uno de estos siete canales, dispuestos por el Infinito para el desenvolvimiento de Sus tareas. Cada una de estas Escuelas de Misterios es invisible y desconocida. Sólo se las podrá encontrar al cabo de largas búsquedas y repetidas desilusiones. En reconocimiento a la dignidad de estas escuelas y a la santidad de la sabiduría que ellas representan, este escrito ha sido preparado con el fin de reproducir de manera simple alguna de las verdades maravillosas que tales escuelas sustentan.

Cada cien años, se oye la voz de la Gran Escuela y viene al mundo alguien para dar testimonio de lo invisible. Ese “alguien” habla con la voz de la sabiduría y es amparado por las siete luces. Gradualmente, la Escuela de Misterios (las siete ramas consideradas como unidad) dispensa el pan bendito de la razón humana. Hoy más que nunca los seres humanos vuelven a buscar a sus dioses; o más bien diríamos que se apartan disgustados de nuestra era de materialismo que, lenta, pero ciertamente, está destruyendo todo lo que en la vida es belleza y espiritualidad. Nuestro materialismo está destruyendo las almas de los hombres; está rompiendo el corazón del mundo; está ahogando la mejor parte de nuestras naturalezas, y algo dentro del hombre se rebela contra esa opresión antinatural. Muchos que jamás pensaron antes en esto comienzan a preguntarse cuál será el fin de todo esto, hasta dónde el género humano podrá sumergirse en el materialismo sin que se derrumbe la estructura ética que sostiene nuestra era moderna.

En los últimos cincuenta años, se multiplicaron de a miles los peregrinos espirituales que han emprendido la búsqueda de la verdad, peregrinando por los valles y las colinas del alma humana, buscando la respuesta al enigma del destino. Tratan de encontrar a aquellos Maestros de Sabiduría de que habla la leyenda pero que no registra la historia, en toda esta búsqueda hay una gran incertidumbre, pero hay uno o dos hechos que resultan perfectamente claros. El primero: la mayoría de la gente ignora qué es lo que busca. Si encontrase, la verdad, no la reconocería. Los Maestros que buscan esa gente alternan con ellos todos los días; pero, al igual que Sir Launfal, las gentes se van a lejanas tierras, en procura de las cosas que hallarían en los umbrales de sus propias puertas. El segundo: si encontrasen la sabiduría, no la aceptarían. Todos ellos se sentirían contentos de tener el poder de los Maestros, pero pocos de ellos trabajarían desinteresadamente con una dedicación y un esfuerzo a toda prueba, por muchas edades, para obtener ese poder y consagrarlo sin reservas al bien de la humanidad.

Antes de pasar a nuestro próximo tema, hagamos un resumen de algunos puntos que deben ser recordados en lo concerniente a la Gran Obra y a sus “obreros” en el mundo.

1.- El instinto de la reverencia a lo desconocido es propio de toda vida humana. Parecería que ese instinto es propio también de varias especies de animales superiores, pues al vérselos echados a los pies de sus dueños dijérase que las almas de esos animales llenos de amor y ternura, hablan a través de los ojos levantados hacia el amo. El cariño del perro a su amo y el cariño del discípulo a su maestro van muy unidos. El perro sólo anhela que su amo le diga palabras cariñosas y daría su vida por éste. Esa es devoción verdadera. Desde el salvaje para arriba, la reverencia y la devoción a los dioses forma parte del código moral de la humanidad. Los seres humanos podrán negar esto, pero esto persiste ya bajo forma de fe, ya de temor, ya de superstición.

2.- El Hacedor de ese gran plan que llamamos vida, el ser del cual hemos sido diferenciados, confirió al hombre ciertas potencias que, despiertas en poderes dinámicos, dará a cada cual la facultad a través de la cual podrá reconocer ese “plan”. Aprendiéndolo por si mismo y aplicando su sabiduría, acaso alcance el hombre la posición de poder asistir a otros en la armonización de sus vidas con la misma ley.

3.- A fin de difundir esta sabiduría en forma sabia, entre las naciones de la Tierra, las Escuelas de los antiguos Misterios fueron establecidas, no por voluntad de los hombres, sino por voluntad de los propios dioses, los cuales trabajan a través de “canales” seleccionados de entre las criaturas más altamente evolucionadas de la Tierra.

4.- Habiendo establecido estas escuelas, las inteligencias superiores se constituyeron en los poderes centrales invisibles de ellas, y todavía siguen en comunicación con los Adeptos y Maestros que al presente rigen los destinos de estas órdenes secretas.

5.- Todo desarrollo espiritual tiene que ocurrir a través de uno de los siete canales dispuestos por la naturaleza a tal fin; en cierta etapa de su desarrollo espiritual, cada discípulo penetrará en el sendero planetario más adecuado para desenvolver las cualidades latentes dentro de sí.

6.- Estas siete escuelas, y sus ramificaciones en todas las partes del mundo, constituyen la Gran Logia Blanca. Esta es la institución divina establecida para conferir la Sabiduría Antigua a nuestro planeta. Está compuesta de todos los iniciados y adeptos del Sendero Blanco y forma el gobierno invisible de la Tierra.

7.- La Sabiduría Antigua contiene el conocimiento verdadero y seguro del plan por el cual fueron creados y establecidos los dioses, el ser humano y universo, por el cual estos se mantienen y por el cual se disolverán en un futuro en la eternidad. Es el conocimiento de todas las cosas en sus relaciones con Dios, la Naturaleza y ellas mismas, y es la única guía por la cual el ser humano puede ver la senda que debe seguir si quiere liberarse de la ignorancia y oscuridad del materialismo.

8.- Cualquier persona puede recorrer ese sendero, siempre que acepte y acate las obligaciones que la Sabiduría Antigua estatuye e impone a quien desee conocer los misterios de la vida y de la muerte. Si el ser humano quiere vivir la vida que tal Sabiduría indica, no sólo ha de conocer la doctrina que ella predica, sino que también ha de conocer a los Grandes que fueron elegidos por sus propias virtudes para enseñar a sus hermanos menores la sabiduría Antigua.

TERCERA PARTE

LAS ESCUELAS DE MISTERIOS

En todas las escuelas de la Sabiduría Antigua los miembros se dividen en tres clases o grupos generales. Cada buscador de la verdad pertenece a una de estas divisiones, esté o no consciente de ello. Las enseñanzas esotéricas de todas las religiones son las mismas. Los fines que se buscan son idénticos en todos los casos. La única diferencia que media entre ellos es la de que cada escuela se adecua al tipo de mentalidad y de cuerpo de la gente entre la cual funciona. En otras palabras, podemos decir que las Escuelas de Misterios interpretan la verdad según la sabiduría familiar en símbolos y alegorías familiares a quienes deben recibirla. Todas las escuelas exigen el mismo nivel inflexible de consagración y virtud; enseñan que cada estudiante y candidato tiene que formar su propio carácter, desarrollar sus propios deberes espirituales y controlar su propia naturaleza inferior, antes de quedar en condiciones de recibir la instrucción proveniente de cualquiera de las fuentes superiores.

Cuando las criaturas vienen al mundo se las envía a nuestras escuelas públicas y privadas para prepararlas inteligentemente en su actividad futura sobre el Planeta. Mientras son jóvenes e inexpertas, los padres las protegen; cuando alcanzan la madurez se espera de ellas que asuman las responsabilidades de la vida y que ayuden a otros del mismo modo en que ellas recibieron ayuda. Nadie ha nacido sin responsabilidad. ***Todo ser viviente es responsable de sí mismo***, y si no lleva a cabo sus responsabilidades individuales, hace que otros sufran a la par suya.

Del mismo modo en qué se instruye a los niños para que estos entiendan las leyes que gobiernan el medio, que los rodea, para que asistan inteligentemente al modelamiento del destino de la especie, las Escuelas de Misterios instruyen a aquellas criaturas humanas que desean conocer las leyes que gobiernan el mundo invisible. Estas leyes, aun cuando sean totalmente desconocidas para el individuo medio, tienen un papel importante en la vida cotidiana. Las Escuelas de Misterios son universidades donde la naturaleza espiritual se desarrolla y se entrena, donde se prepara a los hombres para que lleguen a ser trabajadores activos del gran plan del progreso cósmico. El mundo en que vivimos es un mundo de efectos. Alrededor de nosotros, aunque invisibles, están los mundos de las causas. Son las realidades, mientras que lo visible que vive por el poder de lo invisible es la ilusión. Por más profundamente que estudiemos las artes y las ciencias materiales, jamás hallaremos la causa real de nada. La ciencia busca todavía, y seguirá buscando indefinidamente, el fundamento real sobre el cual desplegar su labor. Las cuatro grandes preguntas sobre las cuales debería basarse todo conocimiento quedan sin respuesta, y la ciencia se ve obligada a admitir que tales respuestas están por encima de la mentalidad moderna. ¿Qué es la vida?. ¿Qué es la conciencia?. ¿Qué es la fuerza?. ¿Qué es la mente?. Nadie puede contestar a todo esto, pues estas cosas son invisibles, no medibles ni

analizables; de modo que no habrá mente material capaz de razonar más allá del punto de visión concreta, y de resolver tales enigmas.

Si transpusiésemos la línea divisoria entre lo verdadero y lo falso, entre lo espiritual y lo material, entre lo eterno y lo temporal, tendríamos que tener en cuenta que las Escuelas de Misterios fueron establecidas en el mundo para hacer posible esa transición. A través de la instrucción y la comprensión especiales que se imparten a sus miembros, y por la graduación de tales instituciones, el hombre queda capacitado para ser ciudadano de dos mundos, ya que las escuelas mismas existen en los dos mundos. Sus pórticos están en el mundo material, pues de lo contrario nadie sabría que existen; pero los templos están en las sustancias espirituales de la naturaleza. Para llegar a estos templos, los aspirantes tienen que aprender a obrar en las así llamadas sustancias invisibles. Los mundos de las causas sólo son invisibles porque están por encima del grado de percepción de nuestros sentidos. **Ciertas formas de cultura**, hacen posible el desarrollo de percepciones sensoriales latentes en el individuo común. Estos sentidos, siendo más evolucionados que nuestros sentidos habituales, son aptos para estudiar y explorar los así llamados mundos causales.

Dado que el poder se confiere a los hombres de acuerdo a su sabiduría y entendimiento, no es prudente revelar a todo el mundo los métodos que permiten penetrar en el mundo invisible. Si este conocimiento le fuera comunicado a gente egoísta y no preparada para asumir tal responsabilidad, esa gente se vería en condiciones de destruir el universo, sea por perversión, sea por ignorancia. Para proteger esta sacra sabiduría se han erigido obstáculos en el camino que lleva a ella, obstáculos que sólo podrán superar los sinceros y valientes. Hay que pasar por años de servicio, de auto-purificación y de auto-dominio antes de que cualquier aspirante sea admitido en la senda de la sabiduría.

Tres son, las gradas que llegan a las puertas del templo; quien quiera entrar en él, sea cual fuere su raza o religión, tendrá que subir aquellas tres gradas. No hay ningún otro medio legítimo de ganar la sabiduría. Aquellos que tratan de entrar en el Templo de los Misterios por cualquier otro medio distinto del prescrito por los Maestros, estos son considerados usurpadores y ladrones. El ser humano no titubea en insumir de diez a quince años de su vida en su educación material, para sobrepasar a sus semejantes. ¿Esperaría, entonces, lograr la sabiduría espiritual en un plazo más breve?

La posición que ocupa una persona en las Escuelas de Misterios no es resultado de elección, sorteo o votación; **es su propia vida, la forma en que vive, el factor principal que determina todo lo relacionado con su progreso espiritual**. El hombre es puesto automáticamente en la senda de sabiduría acorde con sus vicios y virtudes. La rapidez de su adelanto depende enteramente de sus propios méritos, de la sinceridad, integridad y devoción que demarcan su vida cotidiana. Puede permanecer años en un grado o pasar como un cometa a través de varios grados en pocos años. Esto depende enteramente de la sinceridad y honestidad con que haya trabajado y de la perfección con que haya dominado las pasiones y los defectos que lo retienen en su marcha ascensional.

Las tres divisiones en que se agrupan los discípulos en la Gran Obra provienen de la remota antigüedad. Son las mismas divisiones que encontramos entre los sacerdotes del tabernáculo de los judíos; son las mismas que las divisiones en castas de la India, y muchas otras. Podremos agruparlas en tres, de la manera siguiente:

El primer grado es el de estudiante. Se trata del grado inferior de la Escuela de Misterios; lo componen las personas de ambos sexos que hayan aceptado a los Maestros de Sabiduría y hayan asumido la tarea de desarrollar la conciencia humana como la realidad máxima de la vida, y que, por propia voluntad, se hayan reunido para promover la causa del progreso humano. Esto no significa que hayan jurado adhesión a ningún centro o institución individual o material. Significa que han santificado sus vidas y dedicado sus esfuerzos al servicio humanitario, que es el verdadero sendero de maestría y el único camino que escapa a las caídas en egotismo y comercialismo. “Servicio” es una gran palabra. Significa devoción a la necesidad de las masas, devoción tan fuerte, perfecta y desinteresada, que la persona que la experimenta da por ella la vida, honores y todo lo que este mundo tiene de más caro, y da esto alegremente, sin sentido de sacrificio, pues lo da al servicio del ideal que ha asumido.

La clase de *estudiante* incluye a todos aquellos que piensan, leen, estudian y aspiran a seguir las líneas de la Antigua Sabiduría. En sus filas se cuentan los así llamados ocultistas independientes, varias clases de individuos psíquicos no entrenados, médium, psicólogos, y otros que no tienen relación directa con los maestros de ninguna de las divisiones de la Gran Escuela, pero que, de acuerdo con su propia luz, tratan de entender las palabras de los iniciados, que han escuchado o leído en libros sobre la materia. También encontramos en este grupo a muchos maestros estudiantes que, aún no iniciados en los Misterios, tratan de ayudar a otros en la senda de la sabiduría. Uno de éstos fue Sócrates, el cual, aunque ignorante en muchas cosas, dio al mundo a dos de sus grandes iniciados: Platón y Aristóteles.

Generalmente, el estudiante carece de pruebas actuales acerca de sus creencias. Una voz intuitiva en su interior le dice que los estudios que realiza son los verdaderos. De modo que tiene que aceptarlos así. Aún no le ha sido dado el privilegio de conocer la razón de las cosas que hace. Tiene que obedecer ciegamente a las grandes leyes, tal y como se han revelado a él, y aguardar a que los Hermanos Mayores muestren su voluntad. Durante esos años de oscuridad espiritual tiene que emplear su vida en la autoformación, según las líneas que él reconoce normalmente como virtuosas y verdaderas. Tiene que consagrarse al trabajo de preparar su naturaleza para las responsabilidades más grandes, que lo esperan con el tiempo.

Hace más de cien años, un gran discípulo de la filosofía alquimista y mágica compiló una serie de reglas sugestivas, destinadas a quienes desearan convertirse en verdaderos estudiantes de la sabiduría. De estos escritos de Francis Barrett hemos extractado las siguientes doctrinas (que no citamos íntegramente):

“Lección I.: Aprende a apartar de ti todo afecto vil... y con la mente deja que tu proceder sea libre del fraude y la hipocresía”.

“Lección II.: Guarda tus propios secretos y los de tu vecino; no aspire al favor de los ricos; no desprecies a los pobres, pues quien así lo haga será más pobre que los más pobres”.

“Lección III.: Da a los necesitados o infortunados lo que te sea posible dar; pues quien tiene poco, y aun ayuda a los necesitados, recibirá amplia recompensa de Dios”.

“Lección IV.: Sé piadoso con quienes te ofenden o te injurian, pues ¿qué puede ser el corazón del hombre que se venga de las ofensas que ha recibido?. Perdonarás a tu hermano por setenta veces siete veces”.

“Lección V.: No te apresures a condenar las acciones ajenas, pues a la hora siguiente podrías ser tú quien cometiere el mismo error; desprecia el escándalo y la cháchara; y que tus palabras sean pocas”.

“Lección VI.: Estudia día y noche y suplica a tu Creador que se digne conferirte conocimiento y entendimiento...”

“Lección VII.: Omitida por no tener explicación directa”.

“Lección VIII.: Evita la gula y todo otro exceso; es muy pernicioso esto, y proviene del diablo; estas son las cosas que constantemente tientan al hombre y por las cuales cae víctima de su adversario espiritual; pues de ese modo habrá perdido la capacidad de recibir cualquier bien o don divino”.

“Lección IX.: No acumules oro; aprende a contentarte con lo suficiente: desear más de lo necesario es ofender a la Deidad”.

Estas reglas de conducta espiritual son tan actuales como en la época en que fueron escritas, y deben ser objeto de profunda consideración por parte de los estudiantes, pues todas las cosas llegan al hombre por *atracción*, y si el germen de la sabiduría y la virtud no está en él mismo, lo dioses no pueden conferirle nada.

Es deber de todo estudiante de la Sabiduría Antigua de hacerse útil a sus semejantes, pues de ese modo se hace útil al plan de la Naturaleza. El estudiante tiene que tener en cuenta que se está preparando para llegar a ser las manos y los pies de la Sabiduría, pues al entrar la Sabiduría en el alma de un hombre, el sabio se conviene en servidor de ella. El estudiante tendrá que dar testimonio constante de la mínima urgencia del progreso. Tiene que entrenar la mente, controlar sus apetitos y convertirse en un equilibrado ejemplo de madurez humana. Sus propósitos intelectuales tendrán que estar en la línea que le ayude a juzgar la naturaleza humana. Ha de estudiar a la gente y a las cosas. No debe transformarse en un ser aislado, pues si pierde el contacto con el mundo y con las cosas del mundo, no podrá servir eficientemente a aquellos a quienes ha renunciado. Su deber es el de considerar que la vida es un lugar y un tiempo de aprendizaje, teniendo en cuenta que la sabiduría es la joya que debe ser extraída de la existencia material.

Tendrá que recordar de continuo que no está estudiando únicamente para él, sino que está construyendo para el día en que terminado los largos años de preparación, su sabiduría será usada por poderes aun mayores para coadyuvar en los grandes problemas a que siempre se ve abocado el mundo.

Todo estudiante debe tratar de desarrollar algún talento o capacidad. Simbólicamente procurar que crezcan dos clases de hierbas donde antes crecía solo una. Tiene que desarrollar su genio creador, ser un ejemplo sobresaliente de inteligencia en el más alto sentido de la palabra. Pero debe ser siempre desinteresado y exento de egoísmo. Jamás ha de apegarse al trabajo que realiza o por la posición que ocupa, pues el Maestro podría llamarlo para otras tareas en cualquier momento. Si legítima y honestamente llega a ser un poder dentro de la comunidad en que reside, tiene que asumir tales responsabilidades, pues ellas le brindan mayores oportunidades de cumplimiento del bien en mayor número de gente.

No se espera del estudiante que posea dones de clarividencia ni ninguna otra clase de aptitudes espirituales. ***Más aún, sería mucho mejor que no poseyese nada de esto; para que, en, su ignorancia todavía no iluminada por la sabiduría, no pervirtiera a tales cualidades.*** Los estudiantes que aspiran a adquirir diversas formas de mediumnidad y psiquismo por medio de ejercicios ocultistas y mantrams, han de tener esto muy en cuenta. (Uno de los Maestros de Sabiduría ha establecido claramente que el estudiante ha de rechazar toda forma de fenomenalismo. El estudiante ha de crear una naturaleza espiritual, mental, sin limitarse a permitir que fenómenos misteriosos halaguen su naturaleza emotiva. Ningún estudiante sincero de cualquier Maestro legítimo ha de tratar jamás de hablar por poderes mediúmnicos ni con los seres vivientes ni con los muertos. El Maestro K. H. ha establecido claramente que los estudiantes han de perder su derecho a la instrucción en caso de que traten de comunicarse con los muertos o de que entren en prácticas similares de psiquismo).

No interesa que el estudiante sea o no un gran ocultista o místico. Tales aspiraciones son propias únicamente de los grados superiores. Los Maestros exigen, no obstante, que el estudiante sea simple, humilde, honesto y paciente, que luche cotidianamente para dominar por medio de la verdadera virtud los aspectos indeseables de su propia naturaleza.

El estudiante no está en condiciones de dictaminar acerca de lo que los Maestros quieren que él haga. Ha de aceptar incondicionalmente las responsabilidades que se le imponen desde los mundos inefables, y cumplir con cada una de ellas de la manera más honesta y veraz posible. Durante éste su período de prueba, el estudiante está adquiriendo dominio sobre las cosas pequeñas. De modo que comenzará por ganar la seguridad de que sale airoso de esta prueba. Dejadlo que luche para controlar su lengua, su espíritu crítico, sus puntos de vista anormales, de modo que dejen de aportar deshonor al Espíritu de la Verdad, cuando este espíritu advenga a residir en la naturaleza del estudiante.

El verdadero estudiante moldea su carácter, usando su materia como escultor cincela y pule la piedra bruta. El estudiante lucha día a día, tratando de mejorarse, y no pide poderes o luz, sino una poca fuerza para amoldar su destino más de acuerdo con las normas de la Sabiduría. Esta es la tarea del estudiante. Su grado de merecimiento para recibir conocimientos más grandes es puesto a prueba por muchos años de ignorancia y con frecuencia por intensos sufrimientos. A través de todo esto debe ser obediente, paciente y veraz, ha de tener en cuenta que cada aflicción es una oportunidad, cada desventura una lección encubierta. Estas lecciones tiene que aprenderlas; y cuando las haya aprendido, éstas desaparecerán para nunca reaparecer.

Al ponerse al servicio de los Maestros el estudiante está lleno de pensamientos y demás elementos indignos. Detrás de él se extienden muchas edades de descreimiento, pecado, y de crimen. Sus cuerpos superiores son un Conjunto de Karma maléfico; el principiante es aun totalmente inepto para las tareas que ha de emprender. Antes de que pueda comunicársele la sabiduría, es necesario que purifique su naturaleza maligna. Es así que los Maestros le imponen la tarea de autopurificación, como primera prueba de sinceridad en sus propósitos. Lo que sigue a esto depende de la forma en que cumpla esa primera tarea.

Es de este modo que su consagración insume a menudo años de aflicciones para el estudiante. Todo tiene su precio en la naturaleza y la sabiduría solo se compra con una alma

purificada pues sólo una naturaleza equilibrada y honesta puede pensar y analizar con honestidad. Todas las perversiones del pasado presentan la cuenta y reclaman ser pagadas; a esto sigue una limpieza total de la casa del espíritu, puesto que tales cuentas tienen que ser pagadas. No hay religión verdadera que enseñe al estudiante que tales cuentas pueden ser eludidas. Por convertirse en un ser espiritual, el hombre no podrá eludir sus responsabilidades. Lo único que logra en este caso es el privilegio de poder pagar las cuentas antes de lo pensado. En punto a esta gran verdad, la Cristiandad ha sido infiel a su Fundador, pues el cristianismo, tal como lo vemos hoy día, es una religión de sacrificios sustitutivos; refiriéndose al estado espiritual del actual cristianismo, uno de los Maestros dijo : “Los ángeles empobrecidos de los cielos cristianos”. Si el estudiante aborda la Sabiduría Antigua para evadir sus pecados, fracasa antes de principiar. Los Maestros sólo pueden usar gente honesta en su servicio, y es sabido que la gente honesta carga con sus responsabilidades.

Como resultado de este Karma no expiado, el sendero del estudiante se halla a menudo flaqueado por la enfermedad y el sufrimiento. Pero estas son las pruebas que demuestran la fuerza de carácter del aspirante. Sólo será aceptado por los Maestros si su carácter sobrevive al infortunio y sale de él templado y ennoblecido por la experiencia. El estudiante ha de trabajar año tras año, esperando con paciencia y entera confianza, hasta el momento en que haya adelantado lo bastante para que se le considere digno y merecedor de recibir las instrucciones de parte de uno de los Maestros o de uno de los discípulos.

Ningún estudiante sabe cuándo llegará ese momento, tampoco deberá desear que ese momento se anticipe. Su trabajo presente es el de servir con lo mejor de su capacidad. En manos de aquellos que son más sabios que él, el estudiante ha confiado su destino y su espíritu inmortal, de manera que esperará pacientemente a que éstos decidan. Su misión es hacer; la de ellos, juzgar lo que hace.

El segundo grado es el de discípulo. Pertenecen a este grado los *chelas* (estudiantes) aceptados por un Iniciado, Maestro o *Gurú*. Para el discípulo, el velo comienza a descorrerse. Los discípulos han puesto ya los pies firmemente en la ruta espiral, que lleva al Templo de una de las siete Grandes Escuelas. En lugar de buscar a los lejos la sabiduría, los discípulos se agrupan a los pies de su Maestro designado y aprenden de él. Actualmente hay mucho peregrinaje de un lado a otro en lo referente a las tareas ocultas, demasiada incertidumbre llena el alma del estudiante. Dejadlo escoger un sendero y seguir en él, pues la incertidumbre y la indecisión, sólo desembocará en la aflicción, la enajenación mental y la muerte.

Un día en que el estudiante trabajaba en la villa de la vida, cansado y abrumado pero lleno de fe y de paciente dedicación, el Maestro, que pasaba por allí, se detuvo a observar al estudiante en sus tareas. Éste cantaba durante sus faenas. Cada cosa que hacía estaba llena de amor y de sinceridad. La fe, la esperanza y la consagración eran sus herramientas. No estaba trabajando para si mismo, sino para el prójimo y para Dios. A cada acto lo acompañaba una oración, en forma de consagración silenciosa a la obra de sus manos y a las meditaciones de su corazón dirigidas hacia el gran espíritu invisible, en el cual vivía, se movía y el que sostenía todo su ser.

Cuanto más pesaba la carga, tanto mayor su alegría, pues estaba haciendo el bien. El Maestro vio estas y otras cosas. Pero el estudiante no se había dado cuenta de que el

Maestro lo estaba mirando, pues el sudor la resbalaba de la frente y le nublaba la vista. El Maestro se acercó al estudiante y le dijo: “Deja ya tus tareas y sígueme”. La viña desapareció, el polvo sucio cayó de las manos del trabajador, y por un momento residió en el espacio, mientras estuvo ante él la figura resplandeciente de su Maestro. Cayó de rodillas a los pies del Maestro y besó el ruedo de su túnica. Y éste volvió a hablar: “Eres mi discípulo. Tú no me has elegido; yo te he elegido a ti. Has sido fiel en lo pequeño; ahora tendrás poder sobre cosas más numerosas y más grandes”.

Es de este modo que el discípulo es seleccionado por el Maestro y entra en contacto personal con él, su benefactor cósmico. Cada Maestro tiene cierta cantidad de discípulos; usualmente, doce. Son sus hijos elegidos. Él se conviene en padre de ellos, y ellos lo abandonan todo por seguirlo. Del mismo modo en que nuestros padres y madres físicos nos traen al mundo físico y nos ayudan a formar aquí nuestro cuerpo, los Maestros nos hacen nacer a los mundos espirituales invisibles, y nos ayudan a formar nuestros vehículos ultra-físicos, de manera de que podamos actuar en esos mundos. En esto, el Maestro es padre y madre a la vez, y más aún; pues nos da un nacimiento eterno, mientras que nuestros padres materiales solamente nos dan nacimiento al mundo ilusorio.

El discípulo no escoge a su Maestro; pero el Maestro llama a sus discípulos y éstos abandonando sus tareas lo siguen. Nadie, que no esté actualmente y activamente dedicado al trabajo de la viña de la vida, será llamado jamás a realizar las grandes tareas.

Al ocurrir esto, se acaba para el discípulo la época de aprender en los libros. Llega la hora de la investigación personal. Ha sido aceptado; los mundos espirituales se centralizan en él y lo ayudan en toda manera posible. Podemos decir que los discípulos son los estudiantes esotéricos. Son los que, pesados en las balanzas simbólicas, fueron aceptables. Llegaron al punto en que el ojo discernidor del Iniciado percibe su sinceridad y los acepta sabiendo que se pueden sobreponer a la falibilidad de sus errores.

El Maestro, después de haber efectuado el examen personal del aura de los cuerpos de sus discípulos, les imparte instrucciones individuales en lo referente a la preparación que deben adquirir antes de poder ser admitidos en la Gran Escuela misma.

Es el Maestro, el amado *Gurú*, y solo él, quien tiene el poder y el derecho de prescribir cualquier forma de ejercicios ocultos, tales como la meditación, la concentración, la respiración, la entonación de mantrams, la visualización, etcétera. Los estudiantes revelan poco poder de discriminación si permiten que gente extraña, sólo interesada comercialmente en tales cosas, les prescriba cualquier forma de ejercicios espirituales. Con su propia ignorancia demuestran que no se les puede confiar responsabilidades mayores. Con su conocimiento clarividente, el Maestro descubrirá el exacto estado espiritual del estudiante y lo instruirá de acuerdo a esto, ayudándole a fortalecer los puntos débiles y a perfeccionar la parte invisible de su naturaleza. La tarea dada a cada discípulo es absolutamente individual y, por lo tanto, difiere de las tareas, también diferentes entre sí, dadas al resto de los discípulos. No hay en este mundo dos personas de constitución idéntica, El cuerpo físico prueba este punto amoldándose al arquetipo de cada organismo espiritual, sólo un criminal moral o un ignorante incorregible sería capaz de recetar el mismo remedio en todo los casos. Todo aquel que escribe un libro de divulgación en que dice al individuo cómo ha de desarrollar su visión espiritual, debe recordar que miles de personas, ninguna de ellas igual a la otra, lo leerán, y que muchas de ellas se destruirán a sí

mismas al tratar de seguir unas instrucciones totalmente inadecuadas para ellos. El individuo que tal cosa hiciere probaría en forma concluyente que desde el principio estaba mentalmente incapacitado para recibir las instrucciones, pues de lo contrario, hubiera conservado la superficie inteligencia para usar tales instrucciones en forma más sabia.

Los verdaderos Maestros jamás aparecen en público, en clases públicas y colectivas o en grupos que practiquen ejercicios ocultos. Llegan en privado a sus discípulos y proceden a instruir a cada uno de ellos individualmente. La capacidad de informar al discípulo acerca de los pasos que éste ha de dar antes de llegar a la iniciación, es resultado de un alto grado de desarrollo espiritual por parte del Adepto. Nadie que no sea Adepto es capaz de prescribir las necesidades espirituales de los estudiantes, sin asumir graves responsabilidades kármicas. Lo más probable es que el discípulo reciba la visita nocturna de su Maestro, quien aparecerá en forma de cuerpo ultrafísico. El estudiante sentirá que se halla totalmente despierto, lo que es cierto en el sentido espiritual del término, y reconocerá al Maestro únicamente por una visión ultrafísica. Si no ha desarrollado su naturaleza espiritual en la forma adecuada, como resultado de una vida noble, de pensamientos nobles y sentimientos nobles, durante su período de estudiante, no podrá reconocer al Maestro cuando éste llegue.

La labor del discípulo es la de aprender a obedecer incondicionalmente. Del mismo modo en que el niño obedece al padre, el discípulo debe obedecer al Maestro, una vez que tal Maestro haya probado su autoridad y su virtud. Desobedecer al Maestro, aún en lo más insignificante, es separarse de él probablemente para toda la vida. El estudiante ha de obedecer incondicionalmente las instrucciones que recibe. Desviarse de ellas aún en lo más mínimo puede resultarle fatal. Sus tareas de discípulo son las de preparar sus cuerpos ultrafísicos aun embrionarios, de manera de que, al llegar a ser un Iniciado, pueda usarlos como vehículo de conciencia.

El tercer grado es el del Iniciado. Forman parte de este grado los discípulos que han sido aprobados y aceptados, que, ya fuera del cuerpo físico, bajo dirección de sus Maestros, han tomado actual y conscientemente una o más iniciaciones en el Templo invisible de una verdadera Escuela de Misterios. En el mundo físico no se dan iniciaciones espirituales. Las verdaderas iniciaciones se dan en los mundos invisibles, pues es sólo allí donde se puede hallar a quienes están autorizados y capacitados para darlas. Las formas y rituales utilizados en el mundo físico son exotéricas y meramente simbólicas, con respecto a los rituales verdaderamente espirituales que se emplea en los Templos de Misterios. Y hoy día hasta los rituales significan muy poco, pues en la mayoría de los casos el estudiante no sólo ha perdido el significado de los Oficios simbólicos, sino que además ha olvidado que tales símbolos encerraban algún significado. Como dijo muy bien Eliphas Levi el gran trascendentalista, ya no se dan las pruebas y las obligaciones de las escuelas de Misterios, porque nadie está suficientemente iluminado para entender su significado interior. Es por eso que nadie siente deseos de pasar por una dura escuela para encontrar al final que su ignorancia continuará impertérrita. Esta es la Gran culpa que los místicos hallan en las religiones del mundo de nuestros días. En la mayoría de los casos, tales religiones no son más que pompas vacías de palabras.

En los umbrales que llevan del mundo visible a los mundos invisibles está el “Morador del Umbral”, tan bien descrito por Lord Bulwer Lytton en su gran novela

rosacruz **Zanoni**. Esta criatura, de forma de esfinge, que todo ser tiene que enfrentar en su ruta hacia el Templo de la Luz, representa la naturaleza inferior del aspirante. Mientras la conciencia mora en los cuerpos, el aspirante no podrá ver a este demonio, pero en cuanto la conciencia está fuera de los cuerpos inferiores **lo verá** nítidamente; la naturaleza inferior animal, se tornará visible por un cuerpo astral compuesto, y el aspirante la reconocerá por primera vez. Por este espectro tendrá que pasar el aspirante en el momento de cruzar de un mundo al otro. Para efectuar esto adecuadamente, ha de poder controlar absolutamente las fuerzas de su propia naturaleza, que, desde su primera diferenciación de la conciencia animal, han configurado la parte inferior de su constitución. Si ha dominado mental y espiritualmente a tales elementos, se halla lo suficientemente fortalecido como para pasar sin temores ante este fantasma de sus propias perversiones y penetrar con firmeza y valor en los mundos invisibles.

En cuanto se halla en condiciones de hacer esto, el aspirante demuestra que ha dado el primer paso hacia la maestría propia. Habiendo cumplido esto y aprendido a controlar su complejo organismo, está preparado para recibir el poder sobre cosas más grandes.

Hay muchos grados de iniciados, y por más lejos que avance el aspirante en la senda de la sabiduría, siempre habrá para él algo más que comprender y realizar. Podemos comparar esto con un hombre que camina en dirección del horizonte. Por más rápido que se acerque al horizonte, el horizonte se alejará de él. Nadie, sino el Absoluto mismo, es omnisapiente, omnipotente, omnisciente, perfecto. La sabiduría y la ignorancia son términos comparativos, no sólo en el mundo material, sino también en el mundo espiritual. El mero hecho de haber sido aceptado en un de las Escuelas Antiguas no significa que el estudiante haya llegado a la omnisapiencia, Tal aceptación lo único que hace es darle un punto de vista más elevado. El iniciado ve ahora la vida con un poco más de amplitud, pero todavía está sujeto a las leyes de la naturaleza, capaz de cometer faltas y errores, todavía es falible.

Con sus iniciaciones, el discípulo cobra ciertos poderes de carácter oculto, que irán en constante aumento a medida que aquél recorra el sendero del adeptado. Del mismo modo en que las escuelas del mundo material están divididas en grados, la escuela espiritual del Templo de Misterios se divide en varias etapas o grados. El discípulo pasa de una iniciación a otra, a medida que se va haciendo más eficiente en las tareas que el mundo invisible espera que él cumpla. A medida que va subiendo de jerarquía, va adquiriendo más poder, sabiduría y entendimiento. Pero hasta que no alcance un grado muy alto, no se independizará de los lazos que atan al ser humano común. Podremos decir que no llegará a ser superior a las leyes, hasta que no llegue a ser parte de la ley misma, pues sólo entonces estar más allá de toda posibilidad de trasgresión de la ley. Aún después de haber pasado por muchas iniciaciones, siguen actuando las leyes de la limitación humana. Los iniciados están sujetos al nacimiento, desarrollo y vejez. La enfermedad y el sufrimiento lo confrontan en cada paso éste tendrá que retornar a esta vida, repetidamente como cualquiera de los hombres normales, hasta que su evolución lo lleve a un estado de conciencia mucho más alto que el que un individuo común sea capaz de realizar aun sus sueños, en una sola vida.

No hay iniciados que no sean clarividentes, al menos, hasta cierto punto, pues no podrán recibir su ordenamiento espiritual sino son capaces de funcionar conscientemente fuera del cuerpo físico. Ni tampoco existen iniciados que no conozcan su posición

verdadera. Mucha gente dice: “Tuve una extraña experiencia en sueños. ¿Fue una iniciación?” La respuesta en casi todos los casos es negativa. El iniciado no duda acerca de lo que tiene que cumplir ni acerca de lo que ha pasado, el estudiante común podrá preguntarse: “¿Qué soy aquí y ahora?. ¿Soy digno de ser elegido para asumir una responsabilidad mayor?. Si yo fuese un maestro, con todo el mundo por delante para escoger, ¿Me elegiría a mi mismo para realizar obras grandes y asumir grandes responsabilidades?. Si no me eligiera yo mismo consciente de mis estrecheces, ¿se decidiría el Maestro engañado por las pocas virtudes que poseo y me elegiría entre otros más capaces que yo?”.

No hay Adeptos ni Maestros en este mundo o en los planos invisibles que no hayan pasado por todas las aflicciones e incertidumbres de la experiencia humana. Han llegado a su posición actual por haber dominado tales incertidumbres y haberse elevado por sobre las circunstancias que encadenan a la mayoría de la gente a la parte egoísta de la vida. Todas las Almas Grandes han pasado consecuentemente y gradualmente de la ignorancia a la sabiduría. Nadie fue hecho de la noche a la mañana. Cada uno de ellos fue tentado y cada uno de ellos fue lo suficientemente fuerte para superar los momentos de tentación. Todos fueron mal comprendidos y perseguidos. Muchos murieron por sus ideales, prefiriendo la sabiduría en vez de todos los tesoros y la verdad en vez de todo poder. Cada iniciado que actualmente está en sesión con los Hermanos Mayores ha alcanzado su posición por la consagración, la inteligencia y la sinceridad. Estas son las llaves mágicas que abren las puertas de las Escuelas de Misterios.

Una y otra vez se pregunta: “¿Cómo conoceremos a un iniciado si nos encontramos con él?”. Lo único que podemos responder es lo siguiente: “Por sus obras los conoceréis”. Luego de analizar la vida y los hábitos de esos iniciados que estamos en condiciones de reconocer con nuestra limitada visión encontramos que todos ellos se adhirieron a una serie general de reglas. Las condiciones pueden cambiar de acuerdo a necesidades del momento, pero en los antiguos manifiestos encontramos las instrucciones para la conducta a seguir por adeptos y místicos.

Durante muchos siglos, los verdaderos Adeptos o Iniciados se ocultaban tras un velo impenetrable de misterio. Esto obedecía a varios fines. En primer lugar protegía a los Iniciados de los interminables inconvenientes a que se verían abocados por parte de los curiosos y los crédulos. Además les permitía vivir en paz y en silencio, estudiar y orar, desconocidos e insospechados hasta por sus propios vecinos, inmediatos. Esto multiplicó el poder que tenían sobre un mundo que no podía oponérseles dado que no podía descubrirlos. Y finalmente, esto permitió a las escuelas y a sus discípulos escapar a las persecuciones de la intolerancia religiosa y del fanatismo que se desata contra todo aquél que trata de encontrar a Dios sin ayuda o beneficio del clero.

Se considera que la Esfinge egipcia señala el código de los iniciados por medio de la interpretación simbólica de las cuatro criaturas que la componen. El cuerpo del toro, con su tremenda fuerza, se interpreta como símbolo del trabajo, “el hacer”. Las patas y la cola de león simbolizan “el valor” y se interpretan como el “osar”. Las alas de águila aluden a cosas más elevadas y se interpretan como el “aspirar”. La cabeza humana, con sus labios sellados, significa el “callar”. De todas estas reglas, la más importante es la última.

Uno de los antiguos axiomas oculistas era el siguiente: “Si lo sabes, calla”. Actualmente se habla demasiado, tanto en el mundo religioso de la ortodoxia como en el del ocultismo. Hay demasiados individuos que hacen alarde o asumen tener poderes y virtudes que en realidad no poseen. Los templos de veneración se han convertido en instituciones de disputas; un grupo de camarillas y de clanes irrumpen en todas las direcciones enarbolando la enseña del idealismo, que ha sido encadenado a la roca del mezquino personalismo. Hay muchos “iniciados”, pero poca sabiduría. Hay una multitud de pedagogos y de semidioses, los cuales no pudiendo vivir en armonía o entenderse entre ellos mismos, menos pueden convertir a los Gentiles. Todos estos males resultan del mucho hablar y de no tomar en serio las cosas importantes. Los nombres de los Maestros han sido revolcados por el fango. Las Escuelas de Misterios se han convertido simplemente en partes de insignias de que se vale la psicología comercial; el espíritu de reverencia y de amor que sentía el mundo antiguo por sus iniciados se ha perdido en nuestros días a causa de la cantidad de falsos iniciados y de psicólogos fraudulentos.

El verdadero ocultista, sea estudiante, discípulo o iniciado, jamás revela su posición espiritual a nadie más que a quienes se interesen sinceramente a la par de él en estas tareas sagradas. Ha de realizar sus trabajos de incógnito, velando las verdades que ha aprendido por medio del lenguaje de todos los días, diciendo a la gente qué es lo que debe hacer, no quién es él mismo; urgiendo, sugiriendo, pero jamás forzando sus opiniones, ni su filosofía, ni tratando de imponerlas a otros; ni el aplauso lo envanece ni la censura lo descorazona. Trabaja serenamente en cualquier lugar de donde se encuentra. No es suspicaz, es callado, no es inoportuno. Trabaja con laboriosidad, dejando que su obra y no su lengua hable por él. El iniciado o el discípulo jamás ha de hacer pública su posición ni discutirá sus aspiraciones espirituales. Si ha tenido el privilegio de ver fenómenos espirituales en su propia vida, si ha sido sacado de su propio cuerpo y está desarrollando poderes de clarividencia, estas serán las cosas más sagradas de su vida. Jamás las mencionará en público, pues no sólo son sagradas para él, sino también para su Maestro. Discutir los poderes personales es la peor de las faltas a la etiqueta que puede cometerse en el mundo oculto.

Examinando las vidas de los Iniciados, encontramos ciertas cosas en las cuales eran rigurosos al máximo. Es penoso el encontrar hoy día a estudiantes que en estas cosas son más bien negligentes. Por consiguiente sugerimos lo siguiente para la consideración de todo estudiante sincero:

a.- Todo verdadero ocultista acata las leyes del país y de la comunidad en que reside. Aun cuando en la mayoría de los casos el ocultista reconozca que tales leyes son imperfectas, las acata a fin de que su ejemplo moral ayude a los menos inteligentes a aprender a obedecer las restricciones de la ley y del orden. Se dice que las leyes se han hecho para aquellos que las infringen. Podemos agregar que las leyes no fueron hechas para los Iniciados, más hay una minoría muy pequeña de gente inteligente que puede vivir en comunidad y honestamente, sin necesidad de ninguna clase de leyes. Por más malas que sean tales leyes, son muy superiores a lo que regiría si el azar mental del castigo fuese abolido en medio de una comunidad de seres degenerados o ignorantes. De tiempo en tiempo, algunos ocultistas son llevados ante la justicia por no haber dado un buen ejemplo para sus semejantes. No hay duda de que el elemento de persecución de la Edad Media se

encuentra todavía en algunos lugares, y de que muchos sufren persecuciones injustas. Pero también, hay muchos quienes, sintiéndose espiritualmente superiores a sus semejantes, ignoran deliberadamente la ley. Esta verdad cobra relieve especial en los casos de las instituciones que enseñan las teorías fantásticas de las “almas gemelas”, del “amor libre” y otras por el estilo. Estas cosas no se sancionan bajo ninguna condición por la Antigua Sabiduría, pues las propias Escuelas Misterios instituyeron el lazo legal del matrimonio. Cualquier cosa que sugiriese el rompimiento de las leyes existentes sin antes brindar leyes mejores para la masa de la gente no avisada no tiene nada que ver con la Sabiduría Antigua.

b.- Los verdaderos ocultistas no quiebran las leyes, por más injustas que éstas fueren. Cuando se encuentran con la injusticia, trabajan por una legislación más justa. Un ejemplo notable de esto lo hallamos en la vida de Abraham Lincoln. Varias veces lo fueron a ver esclavos - antes del estallido de la guerra civil - para rogarle que los ayudase a escapar de sus vidas de servidumbre. Lincoln se negó a hacerlo, porque eso estaba en contra de la ley, pero les dijo que del mismo modo en que no quebraría los estatutos existentes, consagraría su vida en hacer mejores leyes. Es con este espíritu que ha de trabajar el ocultista, en lo que a la justicia se refiere, pues de este modo la verdad se establece sin la sedición ni el bolcheviquismo ilegal.

c.- Todo ocultista e iniciado debería adoptar las vestimentas y las costumbres del país o de la gente con quien reside, a fin de que un apartamiento de tales hábitos no lo hagan señalarse. Era esta una de las reglas más estrictas de los maestros antiguos, y se la halla en los manifiestos de la Hermandad Rosacruz.

d.- El verdadero Adepto e Iniciado no ha de revelar su identidad a nadie salvo a quien sea digno de enterarse de ella. El trabajo oculto que les ha sido encomendado a los Adeptos e Iniciados es como una espada de doble filo. Cuándo se han preparado para recibirlo, esta actividad resulta en gran beneficio, pero si estas enseñanzas se comparten con estudiantes sin la debida preparación, pueden hacer mucho mal. De ahí que no revelan a nadie las instrucciones secretas que han recibido ni la fuente de donde tales instrucciones provinieron, contentándose con difundirlas callada y prudentemente. Si se les pregunta acerca de esto, sólo aclaran el punto de interés inmediato y luego callan. Este privilegio del silencio ellos lo defienden con su propia vida.

e.- El verdadero Iniciado y discípulo jamás será ruidoso ni declamatorio en el hablar, ni radical en sus puntos de vista, ni encarecerá tales condiciones entre aquellos que se acerquen a él, ni hablará en nombre de su organización o de sus Maestros. El verdadero Iniciado no tiene más voluntad que la de sus Maestros; pero nunca aceptara que sus pensamientos tienen un origen más importante que el de su propio cerebro. No dará pasos radicales a menos que así se lo ordenen los Grandes Hermanos, a cuyo cuidado está la vida de los seres humanos.

f.- Al vivir en una comunidad, los Iniciados tienen que ser amantes de la paz, sencillos, cordiales, caritativos; no han de criticar a quienes los rodean, pero deben ganarse el respeto y la apreciación por su inteligencia y su integridad. Vigilarán día y noche su propia conducta para que no revele en ningún modo algo que sea contrario a la excelsa organización a la cual dan testimonio. Serán humildes en todo; tendrán buena voluntad y se mostrarán contentos de llevar a cabo las tareas más ordinarias o pesadas, si con tales tareas

contribuyen al bienestar y al progreso de sus semejantes. Ha de poder decirse de cada uno de ellos lo que se dijo del Maestro Jesús, que estuvo en el mundo para hacer el bien.

g.- Bajo ningún concepto usarán el poder espiritual de que están investidos en su protección o engrandecimiento propios a menos que esto redunde en desinteresado beneficio de los demás. Va contra las leyes del ocultismo el aplicar cualquier conocimiento de índole sobrenatural en la salvación, conservación o beneficio de si mismo. Dijo el Maestro Jesús que podía ayudar a otros pero no a si mismo. Por esta razón la psicología moderna y la magia mental de diversos tipos son contrarias a las *leyes* de la Antigua Sabiduría; en la moderna psicología se enseña al estudioso a utilizar estos dones espirituales en su propio engrandecimiento.

h.- Bajo ningún concepto el Maestro debe aceptar pago alguno por las instrucciones espirituales que imparte, pues ningún dinero se ha pagado para recibirlas, ni hay dinero que pueda pagar su valor. El estudiante toma su cuota de responsabilidad, y la ingratitud es uno de los pecados mayores del ocultismo. Si un estudiante que ya se encuentra en condiciones de prestar ayuda retarda por su mezquindad la labor del Maestro, contrae todas las responsabilidades del Karma incurrido por su falta de cooperación. Ningún aspirante debería estudiar ocultismo con el objeto de utilizar sus conocimientos en empresas comerciales, Quien esto haga, jamás verá ni a los Maestros ni el Templo.

Lo que acabamos de exponer podrá arrojar alguna luz en la cuestión de por qué tan difícil determinar la posición de los antiguos iniciados. Su reticencia y su espíritu humilde raras veces hallaron cabida en las páginas de la historia, y sin embargo son ellos los verdaderos modeladores de los destinos de las naciones. Ellos son los poderes invisibles que están detrás de los tronos terrestres, y los seres humanos no son más que títeres que bailan según tiren de los hilos aquellos seres invisibles. Vemos al bailarín, pero la mente maestra, la que realiza la obra, permanece envuelta en la túnica del silencio.

El estudiante de los Maestros o de cualquiera de las siete Grandes Escuelas que aquellos establecieron para impartir la Antigua Sabiduría, no tiene derecho a llamarse miembro de ninguna orden ni escuela ocultas hasta que haya pasado por una o varias iniciaciones en el Templo espiritual de la orden a la que fue llevado por las luces planetarias que le son propias. La lectura de obras pertinentes, el pago de honorarios, la formación de promesas, etcétera, no convierten al estudiante en ocultista ni en miembro de ninguna de las verdaderas órdenes espirituales. Sólo por la primera iniciación en el Templo espiritual se conviene en verdadero miembro. Podrá formar parte de alguna sociedad, de esta o aquella organización o hermandad, pero con ello estará afiliado simplemente a una orden exotérica. Su verdadera condición de afiliado estará dada por su aceptación al Templo que contiene la jerarquía espiritual que anima y vivifica la institución externa, material.

Con frecuencia encontramos estudiantes, discípulos y hasta iniciados de las órdenes inferiores que, por cierto resabio de egoísmo, han traído la desgracia a lo que amaron fielmente. Esto suele producirse por algún fracaso ominoso y por haber proclamado abiertamente ser miembros de una Orden excelsa, sus errores vienen a recaer sobre la escuela que ellos dicen representar. Revisando levemente la fraseología escritural, mucha gente de nuestros días dice: “¿Qué beneficio puede producir el ocultismo?”. Esta actitud es resultado de la humillación impuesta a las grandes escuelas espirituales por los repetidos

fracasos, errores y abyecciones de algunos de sus discípulos. Esto es producto del egoísmo pues ciertos discípulos son incapaces de recibir honores y grados dignos sin que todo el mundo se entere de ello. El egotismo uno de los errores humanos más graves, el cual el ocultista, más que nadie, debe controlar y eliminar, pues el egotismo insensibiliza con respecto a la propia indignidad, y ningún discípulo verdadero debe perder de vista este importante factor.

En esta época de credos religiosos, la mayoría de la gente anhela pertenecer a algo, como lapas se aferran al barco del progreso humano, y finalmente, cuando se ha aferrado una cantidad suficiente de tales crustáceos, recubiertos de sus duras caparazones de opiniones y prejuicios, el barco o se hunde bajo el peso o, como alguna de nuestras organizaciones ocultistas, tiene que ser puesto en dique seco para que la quiten las incrustaciones. Cada vez que uno anhele adherirse a algo, debe preguntarse si tal institución puede sentirse tan orgullosa de tenerlo a uno como miembro, o puede sentirse uno orgulloso de pertenecer a ella. La mayoría de la gente se adhiere a movimientos espirituales para obtener ventajas personales. Se convierten en parásitos, viven del árbol de la Sabiduría que otro plantó y cultivó. La gente sincera se afilia a las Escuelas de Misterios, no para mejorar su situación personal, sino para servir fiel y buenamente a esas instituciones. Hasta que ellos no sientan que constituyen un verdadero crédito para la institución en todo sentido de la palabra, no deben desear ligar su nombre a lo que todavía no son dignos de representar.

En lugar de ufanarse de ser miembros de esto, aquello o lo de más allá y de echar sombras sobre la integridad de los Maestros, observemos otra de las antiguas reglas, a fin de mantener la dignidad de lo superior. Supongamos que uno haya entrado recién en la vieja orden religiosa de los Gnósticos. Usamos este nombre porque en la actualidad es impersonal, de manera que no nos deje ningún sentimiento parecido al que nos embargaría si usásemos el nombre de una organización todavía existente.

Hemos dicho existen tres divisiones: estudiantes, discípulos e iniciados. Veamos como deberíamos afirmar nuestra posición si tuviésemos que alcanzar cualquiera de esos tres grados en la antigua religión de los Gnósticos.

Si fuésemos estudiantes, diríamos: “Soy estudiante de filosofía Gnóstica”. Si fuésemos discípulos, diríamos: “Soy discípulo de la senda Gnóstica de la sabiduría”. Si fuésemos iniciados del Templo espiritual de los Gnósticos, diríamos: “Soy Gnóstico”. Y con esta última afirmación nos aclaramos como afiliados de la jerarquía espiritual de la Orden Gnóstica. Jamás diríamos que somos algo de esto si no fuésemos iniciados en la organización ejecutiva, que, oculta tras la orden exotérica, es en todo caso la institución verdadera de la cual la estructura exotérica no es más que el símbolo.

Todo miembro de una organización ocultista tendría que aclarar inequívocamente su posición. No sólo debe esto a la Orden, sino también a si mismo, pues los mal entendimientos cotidianos se producen porque los estudiantes no son lo suficientemente honestos para admitir que no son más que buscadores de la Verdad y no adeptos disfrazados. La Antigua Sabiduría exige honestidad; no admite en sus filas a nadie que carezca del amor indispensable a la Orden como razón para defenderla de la calumnia, y cargar sobre sus hombros, si es necesario, su honor y su integridad.

¿Por qué hacer un esfuerzo en ser virtuosos, si otros entran en la sabiduría conservando todo sus pecados?. El alto nivel y las altas normas de las Escuelas de la Sabiduría se desacreditan por las personas que, llenas de defectos o faltas, aspiran a ser miembros “en buena posición” de una organización que representa todo lo que es alto y noble. En nombre de la Gran Obra, es sabio admitir que todo lo que poseemos de virtud lo debemos a los Maestros y a sus instrucciones, mientras que a nuestra naturaleza inferior debemos todas nuestras faltas y vicios. Esta justa actitud ayudara a la realización de la Gran Obra mucho más de lo que podemos imaginarnos.